UN CAPITAN DE LADRONES EN BUENOS AIRES

Escrito para la PATRIA ARGENTINA

POR

EDUARDO GUTIERREZ

BUENOS AIRES

Administracion de la «Patria Argentina», Belgrano núm. 137

1879

UN CAPITAN DE LADRONES EN BUENOS AIRES

El mas famoso criminal que haya pisado jamás una cárcel en Buenos Aires, es sin duda alguna el famoso Antonio Larrea, muerto últimamente en la Penitenciaria, bajo el nombre honorable de *el 291.*

Antonio Larrea era un criminal originalísimo—tendria mas ó menos cuarenta años y era lo que las mujeres llaman un buen mozo.

Fisonomía franca y abierta, ancha frente, nariz aguileña y ojo grande de pupila celeste, aquella cara interesante hubiera engañado al ojo mas perspicaz: solo en su boca *plegada* siempre por «una triste sonrisa» habia una espresion de maldad incalificable, aunque ella estaba algo disimulada por la infinita travesura que irradiaban sus ojos.

Antonio Larrea era un ladron consumado, pero un ladron fino, capaz de robarle las narices al mismo Jefe de Policía, y pasionista por la punga.

Su lectura era el Conde de Montecristo, libro que leia al estremo de saberlo de memoria, pues decia que algun dia uno de sus *tiros* lo habia de convertir en un segundo Montecristo.

Larrea era un criminal fugado de los presidios de Europa, á donde lo habian llevado sus crímenes y asombrosa aficion por lo ageno, al estremo de llegar hasta capitanear una cuadrilla de ladrones de camino.

Natural de Valladolid, Larrea desde jóven se habia entregado á la punga, con bastante felicidad; reclamado en Buenos Aires por las autoridades de España, se supo algo de su vida, que el lector puede calcular como seria, leyendo esta última hazaña que hizo allí:

Capitan de ladrones á caballo, Larrea tenia asolados los caminos, queriendo hacer reproducir en sí, las famosas hazañas del novelesco Juan Palomo y Diego Corrientes, tipos ennoblecidos con un gusto detestable, por la rancia literatura en que se enviciaron escritores, como Fernandez y Gonzalez y otros que lo siguieron en este camino pésimo.

Uno de los que formaban parte de la gavilla, envidioso de la fama de Larrea y deseando vengarse de él, por cierta aventura amorosa, lo delató á las autoridades catalanas, indicándoles el paraje donde lo podrian encontrar.

La policía se armó en regla, pues la partida de Larrea era numerosa y aguerrida, y poniéndole por sebo una diligencia, cayó sobre ella una noche y la sorprendió mientras esta se ocupaba en desbalijar á los fingidos pasageros.

Larrea combatió con la policía un corto intérvalo, pero tuvo que ceder al número y se entregó despues de perder tres hombres en el tiroteo.

Cargado en ancas, y bien amarrado, fué conducido á la cárcel, donde debia esperar la terminacion de un largo sumario, terminacion que sería para él la aplicacion de la última pena.

Allí, en el presidio, supo por la mujer en cuestion, antigua novia del ladron delator, quien lo había delatado, pues el bandido había ido á su casa á notificarle como se había vengado de las humillaciones que le hizo sufrir Larrea.

Si Larrea había decidido fugarse del presidio para no *servir de racimo*, cuando supo el nombre de su delator, el deseo de vengarse dió alas á su inteligencia y bien pronto encontró el medio deseado.

Ya se había terminado el sumario, y se trataba de leerle la sentencia de

muerte, con cuyo objeto se trasladó una mañana á la cárcel, el escribano del crímen, seguido del alcaide.

Abrieron la puerta del calabozo, pero Larrea no estaba allí; se le buscó por todo inútilmente—se había fugado sin ser sentido por persona alguna—un papel había dejado en el calabozo clavado con un alfiler en la pared.

Aquel papel, con una hermosa letra española, decía: Me mando mudar á otra parte, porque yo no he nacido para adorno de horca. Búsqueseme, sin embargo, en casa de Joselito Salat, mi delator. »

Aunque con pocas esperanzas, la autoridad se trasladó á casa de Joselito, donde si no halló á Larrea, encontró el sangriento rastro de su persona.

Estendido en el suelo, y liado con unos cordeles, estaba Joselito, sobre un charco de sangre.

Se le hicieron algunas preguntas, pero Joselito no respondió;—lo levantaron y desliaron, volviendo á interrogarlo, pero Joselito respondió siempre con el mismo silencio.

Creyendo estuviera moribundo y tratando de inquirir la causa de la sangre de que estaba bañado, Joselito fué prolijamente registrado, registro que dió por resultado una cosa horrible.

Joselito tenía la boca llena de sangre, sangre que le salía del tronco de la lengua. Larrea había estado allí y su venganza había sido espantosa: había cortado la lengua á su delator.

Tres dias despues de esto, Joselito Salat murió en el hospital á donde fué conducido, y la autoridad catalana no volvió á saber mas de Antonio Larrea.

Estos datos son exactos, pues los recojemos de las diversas causas que figuran en su voluminoso sumario.

Un buen dia del año 73, Larrea cayó á Montevideo, como caen á América todos los galeotes que llegan á estas regiones.—no trajo pasaporte, no trajo nada, pero nadie se preocupó de averiguar quien era y á que venia.

Aquí empieza la segunda interesante faz de la vida de este famoso criminal.

Siempre aficionado á lo ageno, en Montevideo se dedicó á la punga de calle, lo que le proporcionó la ventaja de ser alojado varias veces en la policia—de donde siempre lograba fugarse, por medios llenos de astucia y de travesura.

Viendo que las pequeñas pungas de calle, si bien daban con que vivir, no dejaban la esperanza de llegar á ser un Montecristo, como él deseaba, resolvió echarse á los caminos, donde se podía ejercer la punga en grande escala.

Una tarde venía de Canelones una galera que hacía la carrera de ese pueblo á Montevideo—en la galera, entre los pasajeros, venía un jóven Ochoa que acababa de realizar un negocio de hacienda. trayendo consigo una bolsa de cuero con onzas de oro y libras esterlinas, producto del negocio.

Ochoa traía la suma consigo para dejarla en el Banco Mauá, donde acostumbraba tener su dinero.

En el pescante de la galera, y sin ser sospechado de los pasajeros, venía el famoso Larrea, mecido por el olor de las monedas de oro, que lo había tomado al vuelo, como ladron de ley.

La noche antes de llegar á la ciudad, los pasageros con la galera hicieron noche en la fonda de D. Serafin.

Allí pasaron la noche alegremente, embarcandose en seguida y siguiendo camino para la ciudad.

La galera partió sin que aquel compañero del pescante apareciera, por lo que el cochero, que lo creía un buen hombre, calculó que se le habian pegado las sábanas, ó que el vino se le había *hecho rastra* entre las tripas.

El hecho es que al compañero del pescante se lo había tragado la tierra, lo que no impidió se siguiese el viaje tan alegremente como antes, pues nadie había sospechado que el tal *infeliz* del pescante fuese el famoso Antonio Larrea.

Una vez en Montevideo, Ocha se dirigió al Banco Mauá á depositar su dinero,

pero no fué chica su sorpresa al hallar en su maletita, en vez pe onzas y libras, una gran cantidad de discos de plomo y alguno que otro boliviano perdido.

Ochoa se echó á llorar como un recien nacido y se dirigió á la Policía, dando cuenta de lo que le sucediera.

Inmediatamente la autoridad se puso en campaña y procedió á la prision del cochero, mayoral y peones de la galera, á los que no se halló ni un solo centavo.

Se instruyó un sumario que vino á hacer recaer todas las sospechas en aquel compañero de pescante, que había desaparecido de la posada de don Serafin.

Por las señas que dieron todos ellos, la policía oriental se puso en demanda de aquel desconocido, loco, desplegando toda su actividad en la caza de este famoso ladron.

Mucho se anduvo, mucho se corrió toda la campaña, pero inútilmente,—el punguista había desaparecido.

Al fin se supo que aquel prójimo había llegado á la ciudad la misma noche que la galera dormía en lo de don Serafin, embarcándose al otro dia para Buenos Aires.

La Policía de Monvideo envió sus agentes á Buenos Aires, los que se pusieron en contacto con nuestros gallos policiales, y tanto anduvieron y tanto dieron vuelta, que al fin y al postre dieron con la morada del famoso punguista, que no era otro que el antiguo conocido de la policía oriental y de los presidios de Cataluña, Antonio Larrea.

Conducido de nuevo á Montevideo, fué puesto á la sombra, despues de haber sido despojado de una gruesa suma de dinero que aun le quedaba, pues la robada á Ochoa era una suma de bastante consideracion.

Se le instruyó un sumario donde apareció su escapatoria y sus pequeñas pungas de calle, y fué condenado á cinco años de presidio que Larrea debía cumplir picando piedra y leyendo siempre á su Conde de Montecristo, libro que no abandonaba en medio de sus mayores calamidades.

Dos meses permaneció Larrea en presidio, mostrándose sinceramente arrepentido de sus pasados yerros, que él calificaba de travesuras, y prometiendo cada dia una enmienda ejemplar.

La rigurosa vigilancia que se le hacía había disminuido en algo, al ver la ejemplar conducta que observaba al preso.

Ya se le consentía tener un poco de tabaco y alguno que otro cabo de vela perdido, con que poder atender á su famosa lectura del Montecristo.

Viendo Larrea que descuidaban su vigilancia, empezó á confiar á sus guardianes, al estremo de inspirarles la mayor confianza.

Una buena mañana en que se tardó Larrea en salir de su celda, lo fueron á buscar, pero solo hallaron, como en Europa, un papel clavado con un alfiler en la pared, que decía:

«Larrea no ha nacido para pobre ni para presidiario; hasta la vista, compañeros.»

Sendos dias de pesquisas invirtió la policía Oriental, paseando los pueblos de campaña sin poder hallar ni el rastro del famoso Larrea.

La policía concluyó por fatigarse y abandonar la pesquisa, junto con la esperanza de volver á encontrar á tan famosa pieza.

Larrea no salió sin embargo de Montevideo.

Cambió de cara con una facilidad estupenda, convirtiéndose en un gracioso torero andaluz de los que pululan en esa ciudad.

Tan hermosa era la cara que se había fabricado Larrea, que tenía verdaderamente alborotadas á todas las muchachas de su pelaje.

Con unas miradas completamente asesinas y una lábia superior, Larrea hizo bailar el alegre corazon de una hermosa vasquita de la cuidad vieja.

Tanto la *cameló*, tanto la dió vuelta y tanto le hizo el amor por lo fino, que la vasquita no tardó en rendirse á discrecion, por supuesto, bajo formal palabra de casamiento.

Fué por intermedio de esta hermosa vasquita que Larrea pudo llevar á buen fin y remate la mas famosa aventura que haya jamás figurado en un sumario en América.

Larrea se estableció con su vasquita en la calle Santa Teresa.

Frente á esta casa, á la que Larrea habia sabido dar el aspecto de la mas tranquila morada que haya jamás habitado matrimonio vivo, vivia un jóven oriental, doctor en medicina y persona de mucho dinero—fué á esta persona á quien Larrea puso los puntos, para despojarla de fuertes cantidades.

Las miradas de la vasca y del jóven Galeno empezaron á cruzarse, por parte de ella creciendo en pasion, segun las órdenes del punguista; pero por parte de él, llena de amor y deseo.

Ambos pelaban la paba, por la tarde, hasta que veían venir á Larrea, á quien la vasca aparentaba tener un miedo descomunal—entonces se separaban con un tierno «hasta mañana,» en que la vasquita debia repetir la nueva leccion de Larrea.

Una tarde por fin, el paraíso se abrió para el jóven Esculapio cuyo mas ardiente deseo era la completa posesion de la esposa de aquel andaluz celoso, tan difícil de engañar.

La vasquita le anunció que su marido se ausentaba la mañana siguiente para la Colonia á realizar la compra de unos animales, y que á la oracion lo esperaba á comer.

El inocente Galeno recibió esta noticia con un placer famoso. Jóven, de corazon fácil de impresionar, se habia convencido del amor que le profesaba la vasquita, todo lo cual habia calculado Larrea para la realizacion de su golpe, golpe que él llamaba grande, pues sabia que en casa del jóven habia siempre gruesas sumas de dinero y alhajas de sumo valor.

A pedido de la vasquita, el jóven debia despachar sus sirvientes para que no lo vieran entrar ó salir de la casa, pues si Larrea llegaba á saberlo, le iba á *abrir en canal.*

Llegó el momento deseado y el jóven, despues de despachar á sus sirvientes, como lo habia prometido á la jóven, todo acicalado y perfumado, se presentó en casa de ésta, donde era esperado impacientemente.

En el comedor habia una mesa preparada con diversos manjares caseros, donde ambos se sentaron, con la palabra de amor pendiente de los lábios y el cariño iluminando la pupila empañada por la voluptuosidad.

Comieron poco: el amor quita por completo el apetito, pero bebieron fino: el amor invita á beber, y esta fué la perdicion del jóven Galeno, que hubiera muerto de terror si hubiera podido ver la mirada siniestra con que Larrea le espiaba desde la pieza vecina.

Concluyeron de comer y se preparaban á abandonar la mesa para pasar al salon, pero el jóven no pudo moverse—parecia que su cabeza estaba entre una cinta de acero y que sus piernas pesaban diez toneladas. Habia bebido vino compuesto con un principio narcótico, lo que se ha esplicado despues, y quedó profundamente dormido.

Larrea, que este momento, se trasladó inmediatamente á casa del joven, mudando á la suya todo lo que halló de valor, acompañado de tres mil patacones en dinero y dos horas mas tarde remontaba el vuelo acompañado de su útil vasquita.

Cuando el jóven despertó, se halló solo en la casa, se levantó y buscó á la dama de sus pensamientos, pero no la halló.

Sospechando que tal vez habia sido víctima de una farsa jugada por la mujer y el celoso marido, se fué á su casa, donde se esplicó por completo la cosa, al ver que habia sido completamente saqueado.

Inmediatamente se apersonó á la Policía, donde narró ingénuamente la manera hábil con que habia sido robado. La Policía se puso en campaña y á las cuarenta y ocho horas habia dado con los esposos Larrea, y con ellos en la jaula del Gallo.

En poder de ellos no se encontró ni un centavo, pero la Policía se dió tal maña, que supo que Larrea habia depositado el dinero en un almacen de su relacion, dinero que recogió inmediatamente y devolvió á su dueño.

Larrea no negó su culpa; confesó la punga, y la accion policial siguió su natural curso.

Ya medio se habia olvidado la cosa, cuando el jóven Galeno recibió una carta concebida mas ó menos en estos términos:

«Usted es un hombre de influencia y un jóven de corazon. Maria no ha tenido culpa ninguna en el robo, pues ella ha sido solo el instrumento de que yo me valí. Es inocente y no ha hecho mas que obedecer mis órdenes, impuestas por el temor. Es preciso que V. la haga poner en libertad y me pruebe de esa manera que es V. un hombre justo y de buenos sentimientos.

Antonio Larrea.

El jóven leyó la carta, permitiéndose no acceder á lo que en ella se le pedia,—aún estaba indignado y solo queria el castigo de aquellos dos bribones.

Pasó así una semana, y volvió á recibir la siguiente carta:

«Es usted un descomedido, pues no ha contestado á la carta que le escribí, comedimiento que se tiene hasta con un asesino.

«Prevengo á usted que no estoy habituado á tolerar estas cosas, así es que ahora le intimo haga poner en libertad á María, sinó por tranquilidad de su conciencia, por integridad de su pellejo, pues algun dia me han de poner en libertad, ó me he de poner yo, y entónces nos veremos las caras.

«Sea por conmiseracion ó por terror, el jóven dió sus pasos, logrando que pusieran en libertad á María, pero no respondió ni una palabra á la segunda epístola del bandido, quien le dirijió este ultimatum:

«Ya que ha empezado una buena obra, es necesario que la termine, haciéndome poner tambien á mí en libertad—sinó lo hace así, le prometo cortale las orejas así que yo me dé la libertad.»

El jóven no contestó á esta tercer epístola y pasó un mes sin ser molestado en manera alguna.

Al cabo de este tiempo. Larrea desapareció de su calabozo—se habia fugado una noche, sin poderse saber el medio de que se habia valido.

La Policia echó sus lebreles en su busca, ineficazmente.

Larrea, al salir de la prission, en vez de salvar el bulto, se habia metido en el corazon de la ciudad vieja, donde habia promovido el siguiente escándalo, qué demuestra qué especie de bandido formidable era el tal nene.

Salió de la Policía y se dirigió rectamente á un almacen de la calla Sarandí, donde habia dejado depositado el dinero que robó al jóven médico.

Despues de saludar con todo comedimiento al almacenero y sus clientes, le dijo sencillamente:

—Vengo por el dinero que te dí á guardar.

Un miedo descomunal se apoderó del inocente almacenero, que conocia las agallas de Larrea, pues como se sabe, la Policía se habia apoderado juiciosamente del dinero.

—Querido amigo, dijo entonces á Larrea, yo no tengo ni un centavo de aquel dinero, pues al dia siguiente de tu prision vino un comisario de Policía que sabia que aquí habias dejado el dinero, y como yo no quiero cuentas con la Polcía se lo entregué.

—Sinó tienes cuentas con la Policía las tienes conmigo, le contestó Lerrea sulfurado yo te he dejado en depósito una suma de dinero y tú me la tienes que volver, mas los intereses.

—¿Pero cómo quieres que te devuelva lo que no tengo? replicó ya medio muerto de miedo el almacenero.

—Pues me lo cobraré yo, concluyó Larrea, saltando el mostrador.

El almacenero, en defensa de sus intereses, y ayudado por su dependiente, un morrudo genovés, trató de impedir que Larrea fuese á cometer alguna atrocidad, pero no contaban con la decision de aquel bandido, que no conocia límites cuando se trataba de tomar lo ajeno.

Larrea se apoderó de una cuchilla de cortar queso, con la que infirió una gran herida al dueño del almacen, y un achazo en la cabeza al dependiente que encontró por conveniente abandonar el establecimiento en busca de socorro.

Larrea tenia tiempo de fugar y ponerse á salvo antes que llegara la autoridad, avisada por los que huian, pero no queria abandonar el almacen sin llevar el dinero, objeto que lo habia conducido allí.

Se puso pues á revolver cajones y meterse en los bolsillos cuanto dinero y pequeño objeto de valor encontró á tiro de sus garritas.

Todos estos datos se tienen por la Policía Oriental, cuando Larrea fué reclamado á la cárcel de Buenos Aires, donde lo condujo su última fechoría.

Larrea estaba ocupadísimo en pasar á sus bolsillos una regular suma de dinero que halló en un cajon de una cómoda, cuando el almacen fué invadido por una partida de vigilantes.

Larrea encontró por conveniente no hacer resistencia á los agentes de la autoridad, quienes lo condujeron nuevamente á la cárcel, despues de depojarlo de todo el dinero y alhajas que habia robado.

Larrea fuè metido en un calabozo mas seguro que los que habia ocupado anteriormente y se añadió esta nueva, á sus viejas causas.

Tres meses permaneció bien vigilado, mientras se terminaba el enorme sumario de todos sus delitos y picardias.

Una noche por fin, valido del descuido de sus guardianes, ó ayudado de afuera, ó por medio de una habilidad asombrosa, Larrea se hizo perdiz, abandonando su calabozo.

La Policía se puso en campaña, desplegando toda su actividad y recorriendo la ciudad y la campaña, pero inutilmente. Larrea habia abandónado la cárcel y probablemente el territorio oriental.

Se hicieron pesquisas en la casa de la vasquita Maria, creyendo que el criminal se huiera refugiado allí, pero lo mismo que él Maria abandonado su casa, lo que hizo soponer acertadamente que la pareja habria hecho rumbo al estrangero.

Algunos agentes policiales vinieron á Buenos Aires, donde los ayudó con buena voluntad nuestra Policía y otros se fueron al Janeiro en busca del insigne punguista pero por mas que se le buscó, Larrea parecia haberse vuelto definitivamente dineros públicos.

Los agentes regresaron á Montevideo y Larrea fué totalmente olvidado, no se supo mas qué habia sido de él ni de la vasca Maria.

Larrea no habia salido de Montevideo.

Larrea se presentó un sábado á la tarde en una casa introductora de géneros en momentos en que estaba el dependiente principal en la tienda y el dueño del registro en el escritorio, donde habia una caja de fierro que contenia todas las cobranzas de aquel dia, caja á que Larrea sin duda alguna habia tomado los puntos.

Larrea preguntó por el patron, pues deseaba hacer una fuerte compra para llevar á la campaña, y fué introducido por el dependiente al escritorio, regresando este al registro á atender el despacho.

Larrea manifestó que queria comprar artículos por valor de cuatro mil patacones, pero que como consigo no llevaba mas que tres mil, se limitaba á apartar los artículos, abonando aquella suma, y llevando la mitad esa tarde y la otra mitad al dia siguiente, despues de hacer los mil patacones que faltaban.

Larrea que tenia en ese momento todo el aspecto de un buen comerciante, no infundió ninguna sospecha del dueño del registro:—¡quién desconfia de un hombre que se presenta á comprar por valor de cuatro mil patacones, llevando tres mil en bolsillo!

Larrea, que en este sumario figuraba bajo el nombre de Miguel, se sentó en el escritorio y empezó á confeccionar una lista de pedidos, conforme á los precios que le iba señalando el comerciante, hasta completar la suma de los cuatro mil patacones.

Hombre audaz y de su inteligencia para confeccionar sus planes, que siempre le daban un resultado feliz, se habia puesto tan al corriente en los precios de los

artículos que habia ido á comprar, que interrumpia de cuando en cuando su lista de pedidos para pedir una rebaja de aquello que le parecia caro, con la misma naturalidad y economía que lo hubiera hecho un honrado comerciante al menudeo.

Una vez concluida la lista de pedidos, Larrea sumó:—eran cuatro mil doce patacones: entregó la lista para que la revisara el vendedor, mientras él contaba tranquilamente el dinero que llevaba en el bolsillo.

Ante esta actitud de honradez, que llegaba hasta pagar una gruesa suma adelantada, sin haber recibido una hilacha aun en cambio: ante el aspecto bonachon y los hermosos ojos de Larrea, el comerciante mas judio y desconfiado no hubiera vacilado en asegurar que aquel negociante al por menor, era un hombre honrado á carta cabal.

El negociante revisó la lista, que estaba maestramente sumada, le puso el conforme y procedió á revisar el dinero que su comprador le entregaba, dinero que encontró exacto y que recibió á su entera satisfaccion estendiendo, á pedido del comprador, un recibo provisional del dinero en cuestion.

Una vez contado el dinero y estendido el recibo, el comerciante tomó los billetes, abrió la caja de fierro y colocó en ella los billetes por su órden de valor.

Este era el momento que habia esperado con un cálculo asombroso el famoso bandido—en hablar, hacer la lista y contar el dinero, habia pasado mucho tiempo, de modo que al concluir el negocio era ya muy avanzada la tarde y en el escritorio habia solo esa débil claridad que precede á la noche.

Al introducir el dinero en la caja, el comerciante, como es natural, daba la espalda á Larrea que permanecia naturalmente apoyado en una esquina del escritorio.

Rápido como el pensamiento, con una seguridad pasmosa y una fuerza de musculatura rara en aquel hombre; Larrea se lanzó sobre el comerciante, apretándole la garganta de tal modo, que no pudo lanzar ni el mas leve quejido.

Presa del asombro y sobrecojido de espanto, el comerciante quedó estático sin intentar un solo movimiento de defensa: Larrea aprovechó aquel segundo de tiempo, con una rapidez que revelaba la costumbre y práctica que poseia en aquel género de *tiros*

En menos de dos minutos, Larrea terminó su operacion:—el comerciante estaba perfectamente liado y amordazado y Larrea ocultaba su cuerpo debajo del gran escritorio.

Larrea se asomó entonces á la tienda, y en nombre del patron llamó al dependiente que se apresuró á acudir:—Larrea dejó pasar primero al dependiente de manera que éste al entrar le diera por completo la espalda, y repetir la segunda parte del drama.

Como el cálculo era matemático, el resultado fué exacto: al franquear la puerta del escritorio, antes de tener tiempo de notar la ausencia del patron, Larrea se lanzó sobre el dependiente, aplicándole su mano formidable á la garganta.

Antes que el jóven pudiese darse cuenta de lo que le sucedia, ya Larrea lo habia amarrado por completo, le habia puesto una perfecta mordaza, y lo habia colocado al lado del patron. En séguido, como hombre que conoce que en esas circunstancias la pérdida de un minuto puede ser fatal, Larrea procedió al verdadero negocio que allí lo habia llevado.

En menos de cinco minutos habia recobrado sus tres mil patacones y unos cinco mil mas, que habia en aquella caja que tan maestramente limpiaba; en seguida pasó á los cajones del mostrador, donde hizo una general limpieza, retirándose del registro, despues de haber llevado hasta el último peso que halló en los cajones.

Se retiró tranquilamente y volvió la esquina sin ser molestado por nadie.

Tres horas despues de haber abandonado Larrea el registro, se notaba en la cuadra una agitacion especial. Numerosos curiosos se detenian delante de la puerta y se aglomeraban dentro del gran almacen—todos se narraban el robo con mas ó menos exactitud, y lo comentaban exagerándolo fabulosamente.

Dos negociantes habian entrado al registro y llamado, sin que persona alguna acudiera al almacen, donde aun no se habian encendido luces, á pesar de ser ya las ocho y media de la noche: habian dado cuenta del hecho á la Policía, cu-

yos ajentes se apersonaron al sitio del robo y practicaron un registro que dió por resultado hallar en el escritorio al patron y al dependiente, medio sofocados por la mordaza que les habia puesto el bandido.

Fué entonces que ambos declararon lo que acabamos de narrar. Larrea ademas habia dejado, segun su eterna costumbre, un papel en el escritorio, en que se leia, siempre en hermosa letra española, estas palabras:

«El dinero que falta de aquí, se halla depositado en el Banco de Antonio Larrea y compañia, segun lo declaro y firmo.

Antonio Larrea».

La policía buscó á Larrea con toda la actividad del despecho, pero Larrea no pareció—habia tomado sus medidas anticipadamente, y al salir del registro se habia embarcado para Buenos Aires, donde tambien lo persiguió inútilmente, tanto nuestra policía como la de Montevideo.

Fué el 4 de Agosto del 75 cuando vino con un pliego de la policía oriental, un comisario reclamando al reo Larrea, que habia sido preso en el sangriento suceso en casa del Sr. Lanús, que como saben nuestros lectores, fué la última hazaña de Larrea.

El comerciante de Montevideo no pudo recuperar un centavo de su dinero, pues Larrea no pareció—debia haberse embarcado para Europa.

Larrea, entre tanto, habia hecho sentir su presencia en Rio Janeiro, apaleando á un sacerdote porque se negó a darle una partida de defuncion. De este hecho no tenemos detalle alguno, pues la autoridad de Rio Janeiro se limitó solo á pedir su estradicion «por haber malherido á un sacerdote que se negó á darle una partida de defuncion de su propia persona».

No se sabe á dónde iria á parar Larrea:—andaria disfrutando del producto de su último robo, pues durante muchos meses no se volvió á oir hablar de él.

Larrea, cuando se dedicaba á disfrutar del producto de sus robos, debia aparecer como un gran magnate, vista la facilidad con que daba curso al dinero, hasta el punto de quedar otra vez tan pobre, que tenia que volver á sus robos y crímenes.

Larrea era casado en Valladalid con una jóven hija de un pintor de mérito, provincia que abandonó, huyendo de aquel punto, y donde no podia volver, por estar su cabeza allí poco segura sobre sus hombros.

Era la América el punto que habia elejido para teatro de sus crímenes, y no queria abandonar, sin duda por encontrar aquí gran facilidad para desplegar su ingenio perverso, y donde no se le exijia pasaporte.

Larrea tenia ademas, aquí un hermano, quien habia cambiado de nombre y que es en la actualidad empleado al servicio del Dr. Herrera Vegas.

En el mes de Junio de 1874, siendo D. Enrique O'Gorman jefe del Departamento General de Policía. Larrea volvió á dar señales de vida, haciendo sentir sus afiladas uñas á cuadra y media de la misma policia central.

Larrea era un bandido en toda regla—tenia una facilidad asombrosa para disfrazar su rostro y maneras, y poseia tal dósis de audacia, que habiendo órden de prenderlo donde se le hallara, no salia de los alrededores mas frecuentados por vigilantes y agentes de Policía.

Bajo la Recoba Vieja y frente á la Policía, habia una zapateria de un tal Muñiz, natural de Santander, en cuyo presidio estuvo Larrea y á quien Muñiz habia conocido por haberlo visto trabajar en las calles como forzado: de aquel presidio tambien habia huido Larrea, valiéndose de medios que no conocemos.

Fué en la zapateria de Muñiz, donde se presentó Larrea, solicitando de este, un préstamo de dos mis pesos papel.

Fué tal el miedo que se apoderó de Muñiz al ver en su casa semejante parroquiano, que no solo no negó á Larrea el dinero que le pedia, sino que no tuvo el valor de delatarlo á la autoridad: sabia que Larrea podia escaparse de la Policía, puesto que habia fugado de los presidios de Valladolid y Santander, y recordaba

no muy tranquilo la venganza que ejerció Larrea en aquel prójimo de su cuadrilla que lo delató en Cataluña.

Larrea vió en el miedo que inspiraba á Muñiz, una buena veta de dinero y se dió prisa á esplotarla: dos ó tres veces á la semana volvia á la zapateria siempre en busca de dinero, que el tímido Muñíz no se atrevia á negarle.

En los últimos dias de Junio, Larrea se presentó en la zapateria de Muñiz y le pidió la suma de diez mil pesos, que necesitaba forzosamente esa noche para realizar un gran negocio.

Muñíz, aunque tenia en casa la suma, no se resolvió á dársela—pudo mas en él el amor á su dinero ganado con inmensas fatigas, y se negó por completo á complacer al bandido, aunque á medida que hablaba se conocia el miedo de que estaba poseido.

—Necesito el dinero esta misma noche, le dijo Larrea, tú lo tienes y es preciso que me lo dés.

—No lo tengo, replicó Muñíz completamente dominado, si lo tuviera te lo daria.

—Bueno, concluyó Larrea, no me lo quieres dar, yo sabré quitártelo, y retiróse en seguida.

Esa misma noche, mientras Muñís dormia. Larrea, por medio de ganzúas, se colocó en la casa de aquel desgraciado y le robó ocho mil y pico de pesos que encontró en un mueble. Mientras Larrea practicaba el robo, Muñíz despertó, pero era tal el formidable aspecto del bandido, eran tan pálidos los rayos que la luz reflejaba en la hoja del puñal que llevaba en la mano. que Muñíz enmudeció, prefiriendo dejarse robar.

Al otro dia no tuvo el coraje de delatar á Larrea, quien lo tuvo á su vez para presentarse en la zapateria y decirle sencillamente:

—No me quisiste dar el dinero, fuiste un nécio: ya ves que fácil me ha sido tomarlo:—tú puedes delatarme á la autoridad, pero acuérdate de Joselito Salat.

Larrea se alejó y Muñís se calló como un muerto: el bandido le inspiraba un terror invencible. Solo cuando la Policía capturó á Larrea por el negocio de Lanús, Muñíz, obedeciendo á consejos de un amigo á quien narrára su desventura. se presentó á D. Enrique O'Gorman, refiriéndole lo que acabamos de narrar.

Si el lector dudara de la veracidad de este hecho inaudito, puede pedir informes al Sr. O'Gorman ó al entonces comisario Wright, quien conoce punto por punto la vida de aquel ladron consumado y sagaz.

El dinero robado á Muñíz debia servir á Larrea para efectuar un golpe maestro que debia llevar á cabo en sociedad con un tal Fonda, compañero de presidio, que habia cumplido su condena y habia venido á América á ejercer tambien su industria.

La casa introductora de alhajas de los señores Dupuy y Ca., situada en las calles Piedad y Suipacha, era el paraje donde estos famosos salteadores habian echado la vista, y donde se debia consumar el robo mas hábil que se haya llevado á cabo en América.

La casa de Dupuy y Ca. poseia un fuerte capital en alhajas de todo género, alhajas que habian despertado la codicia de Antonio Larrea, quien se habia propuesto poseer la mayor parte de ellas.

El dinero que sacaba al zapatero Muñiz, lo emplèaba Larrea en venir á aquella casa de alhajas á hacer pequeñas compras que le servian para permanecer en la casa largas horas de observacion con el pretesto de elejir la alhaja que habia de comprar de entre una gran cantidad de cajas.

Para un hombre como Larrea, cuyo golpe de vista era matemático, le bastaron tres ó cuatro dias para conocer la casa tan bien como sus patrones, y saber los cofres donde se hallaban las de mas valor, apreciando su sistema y modo de abrirlos con un ojo papal—por la infalibilidad de aquella mirada tan hábil y tan bondadosa.

Ya hemos dicho que la boca de Larrea era la única faccion de su rostro de

espresion desagradable y perversa—el resto de aquella fisonomía inteligente, depertaba el mayor interés.

Una vez terminado el famoso plan que lo debia hacer poseedor de aquellos tesoros de alhajas y piedras preciosas, y bien madurados y estudiados los medios de que se habia de valer, Larrea buscó á Fonda como ayudante de campo y dió la última mano á su famoso plan.

Era la noche del 1° de Julio, cuando la Larrea, seguido de su ayudante, penetraba en la casa de comercio de los Sres. Dupuy y Ca.—habia abierto la puerta con una llave ganzúa cerrándola tras de sí con una naturalidad tal, que el mismo vigilante que le vió abrir la puerta, no dudó fuera uno de los dueños de la casa, ó por lo menos uno de los dependientes.

Entraron á las grandes habitaciones donde se hallaban las cajas de fierro, sin notar en ellas el menor rastro que les hiciera sospechar la presencia de persona,—el dependiente encargado de la vigilancia, el único que podria haberles estorbado, habia salido de allí, sin sospecharlo, obedeciendo á un nuevo plan de aquel finísimo ladron.

Larrea se habia valido de aquella vasquita que trajo de Montevideo, poniéndola al paso de aquel dependiente, quien seducido de una manera habilísima, habia concurrido esa noche á una cita de amor, donde debia permanecer hasta que Larrea abandonára la casa de las alhajas.

Larrea y su ayudante forzaron todas las cajas, elijieron las alhajas de mas valor, desmontando las piedras para no hacer tanto bulto, con las que rellenó los bolsillos que espresamente para este tiro, habia hecho construir en sus pantalones y en su famoso saco.—Allanaron por completo la caja de fierro del escritorio donde habia gran cantidad de dinero, dinero que para encontrar allí, Larrea habia esperado esa noche, sabiendo que es el primero de cada mes, en que aquellas casas descuentan sus pagarés y cobran los que hayan vencido.

Larrea y su compañero abandonaron la casa, despues de sacar de ella unos cuatrocientos mil pesos, valor en que sus dueños apreciaron el monto de lo que les habian robado.

La salida la efectuaron con la misma naturalidad y franqueza que la entrada:—el vigilante que cuidaba aquella manzana se hallaba en su puesto, no era una hora avanzada, y no podia abrigar desconfianza, mucho mas desde que se le acercó Larrea y ofreciéndole cinco pesos, le dijo sencillamente.

—Hágame el servicio de vigilar la casa, que queda completamente sola.

El vigilante rehusó los cinco pesos, pero vigiló la casa de tal modo, que cuando el dependiente vino á entrar, fué detenido por el agente que no le permitió quién era, alegando la recomendacion que al salir le habia hecho el dueño de casa.

Cuando el dependiente entró á las piezas y vió el desórden que en ellas reinaba, se pudo esplicar que clase de patron era el que habia hecho la juiciosa recomendacion al vigilante.

El dependiente salió en seguida dando formidables voces, que atrajeron la presencia de los agentes de seguridad y de multitud de curiosos, admirados de que allí se pudiera haber cometido un robo tan valioso como el que aseguraba aquel dependiente, que parecia un alienado.

La policía fué avisada, y el Sr. D. Enrique O'Gorman, su gefe, desplegó toda la actividad y empeño de que es susceptible aquel hombre, á cuyos conocimientos y dedicacion se debe la nueva organizacion policial, donde nada se há adelantado desde la salida del Sr. O'Gorman.

Por los datos que dió Dupuy, de aquel marchante elejidor de alhajas, cuyas señas coincidian con las que daba el vigilante de la persona que le recomendó tuviera cuidado con la casa abandonada, y lo bien que ambas señas coincidian con el famoso Larrea, la Policía se puso en demanda del célebre ladron, dando una batida general por todos aquellos parajes donde era presumible se hallase, sin lograr un resultado satisfactorio.

Se supo que Larrea se habia ido para San Antonio, y allí lo buscó con un empeño febril la Policía, pero ineficazmente. Larrea se habia escondido admirablemente, ó habia dejado el país, para lo que habia dispuesto no mas de las 24 horas, que habia tardado la Policía en saber quién hubiese sido el autor de

aquel robo que la desacreditaba, privando de un grueso capital á una casa, de comercio situada en paraje tan central.

Dos meses de pesquizas contínuas, sin descanso y sin fruto alguno, convencieron á la Policía de que Antonio Larrea no estaba en Buenos Aires, ni aun en Montevideo, donde se le buscó de nuevo.

Ambas policías estaban sumamente empeñadas en esta prision, como debian estarlo policías que se veian burladas por la sagacidad de un gran ladron, aunque tenian el consuelo de saber que ese ladron, habia tambien burlado la vigilancia ejercida en los formidables presidios de Valladolid y Santander.

No pasaron muchos meses sin tener noticias de Larrea, noticias que se obtuvieron por un nuevo proceso criminal levantado en Valparaiso, y en cuyo proceso figuraba como actor principal y único el célebre y conocido Larrea, habia cambiado el nombre, haciéndose llamar Bautista.

Hé aquí el hecho, segun el sumario.

Con procedencia de Buenos Aires habian llegado á Valparaiso, dos ricos comerciantes en joyas y piedras preciosas que, por liquidacion de sociedad, vendian á un bajo precio. Estas dos personas eran Bautista Larrea y Exequiel Rodriguez, que habitaban juntos un departamento del mejor hotel.

Una mañana, la persona que se conocia por Rodriguez, amaneció en su cuarto bárbaramente asesinado y robado, pues allí no se halló ni un solo centavo, ni una sola joya.

El crímen fué descubierto por el mozo del hotel á la hora de comer, en que subió á golpear la puerta de los huéspedes, á quienes no habia visto en todo el dia:—como no respondieran á su llamado, el mozo abrió la puerta, hallándose con el cadáver de Rodriguez y los indicios de que aquel habia sido muerto para robarlo:—su sócio Larrea no parecia.

La Policía se hizo cargo del asunto, empezó su pesquisa, y no tardó en hallar en el cuarto un papel que decia:—No se fatigue la autoridad por ese presente que le dejo—el tal Rodriguez no era mas que un ladron junto con quien cometí un gran robo en Buenos Aires, tómese informes á aquella Policía, y se sabrá quien era Antonio Larrea.

Uno de los vecinos que habitaba la pieza inmediata al aposento que ocupaban los dos ladrones, dijo que la noche anterior á aquel crímen, habia sentido entre aquellos dos hombres una acalorada disputa, pareciéndole que esta era originada por reparto de intereses—que Larrea queria dar á Rodriguez, como parte de un negocio, una cuarta parte y que este pretendia corresponderle la mitad. Que le pareció que se habian arreglado, pues no les sintió hablar despues absolutamente nada.

Que recuerda, á propósito del papel fijado por Larrea, que habian hablado algo refiriéndose á un robo de que habia sido víctima una casa de comercio de Buenos Aires.

Se buscó en Chile á Larrea, inútilmente, hasta que convencidos de que no estaba allí, sobreseyeron en la causa, mandando á Buenos Aires la narracion que acabamos de estractar.

Fué la única noticia que se tuvo durante muchos meses de Larrea.

Cuando D. Enrique O'Gorman abandonó la Policía, esta fué entregada á una completa desorganizacion. Era la época de la revolucion de Setiembre, al frente de la Policía se hallaba una persona inepta, bajo cuya direccion la Policía cayó en un gran desprestigio.

Fué entonces cuando en el mes de Diciembre, Larrea volvió á aparecer entre nosotros de una manera ruidosa, hasta aquel dia de los escándalos y crímenes del Colegio del Salvador, en que desapareció de nuevo, despues de tomar en ellos una parte activísima, como furioso petrolero.

La nueva aparicion de Larrea fué muy ruidosa, pero de un género diverso á los hechos en que lo hemos visto figurar siempre.

Antes de entrar á esta narracion, queremos contar un episodio de la vida de este hombre, que prueba hasta donde llegaba la asombrosa audacia de un individuo, reclamado ya por cuatro presidios y por dos tribunales del crímen—los de Chile y el Brasil.

Estos datos son conocidos por el zapatero Muñiz de quien Larrea no se ocultó á su regreso, comunicándole lo que vamos á narrar.

De regreso á Buenos Aires, Larrea poseia aun una cantidad de riquísimas alhajas de la casa de Dupuy, que aun no habia realizado. Esas alhajas las hizo engarzar con sumo lujo, enviándolas de regalo al Gobernador del presidio de Santander, como espresion del recuerdo de un hombre que habia sido tan hàbil que lograra escapar á su asombrosa vigilancia.

Junto con aquel presente al Gobernador de aquel presidio, el comisionado de Larrea era portador de otro presente que constaba de tres mil patacones destinados á su esposa en Valladolid, á quien enviaba decir que se habia labrado en América una brillante posicion, que le permitia cierto desahogo, de que aquella suma era una prueba.

Esto dió lugar á un curioso sumario que se instruyó á Larrea en nuestro curia eclesiástica, sumario que debe estar en el archivo arzobispal, paralizado por la muerte del célebre bandido—pero no anticipemos los sucemos—que esta última parte de aquella vida tan llena de agitaciones, es la mas interesante.

El drama que sigue, tuvo por teatro la panadería situada en la calle de Perú entre Chile é Independencia, de propiedad de un señor***.

Es en este drama donde el lector apreciará el carácter de Larrea, descrita con toda la monstruosidad de los hechos.

En aquella panadería vivia el dueño de ella ***, cuyo nombre omitimos á pedido de su hija, en compañía de ésta, hermosa jóven que apenas tendría catorce años.

Larrea desplegó todos sus poderosos atractivos para conquistar el corazon de Amalia, así se llamaba, que solo vió en él lo que Larrea dejaba ver: un hermoso espíritu y un bello físico.

Ya hemos dicho que Larrea era un hombre hermoso, cuya única faccion desagradable era la boca, á cuyas labios no había podido dar, apesar de su estudio, esa espresion de bondad que se veía en todas sus otras facciones, principalmente en sus ojos celestes.

Amalia se sintió arrastrada poderosamente hácia el bandido, quien la veía diariamente á ocultas de su padre, por abrigar sin duda el presentimiento de que aquel hombre honrado no consentiría en el enlace de su hija, á quien Larrea se presentó con el nombre de su hermano, empleado actualmente con el Dr. Herrera Vegas.

Larrea se manejó de manera que logró que Amalia contrajera relacion amistosa con una antigua amante suya—la vasquita,—en cuya casa tenian lugar largas conferencias de amor, que terminaban por sendos consejos que daba á Amalia la amante de Larrea, induciéndola á casarse con aquel hombre que era un *escelente partido.*

La boda se concertó entre Larrea y Amalia—pero faltaba lo mas difícil de conseguir, que era el consentimiento del padre de Amalia, á cuya panadería le había puesto los puntos el bandido, siendo Amalia para él, solo un medio eficaz de conseguir este objeto.

Una tarde, mientras Amalia estaba en la casa de las citas, recibiendo de la vasquita la importante leccion que le diera Larrea, este se dirijió á la panadería de su futuro suegro, á quien habló de su proyecto de contraer matrimonio con su hija, y si él lo consentía, emplear un pequeño capital que poseía, en la misma panadería de su propiedad.

El padre de Amalia se mostró duro, diciendo que por aquel momento no accedia al pedido, que su hija era muy jóven aun (no tenía quince años), que

necesitaba hablar con ella y pensar bien la cosa antes de decidirse:—Larrea presentaba los papeles de su hermano, en buena regla, por lo que su futuro suegro no podía sospechar que el que aspiraba á la mano de su hija era aquel bandido fugado de presidio, y con causas criminales abiertas, la menor de las cuales era suficiente para llevarlo al banquillo.

Larrea, al escuchar tal respuesta palideció—era un hombre que no estaba habituado á sufrir contrariedades, y cuando se estrellaba con una su rostro tomaba una espresion terrible:—desaparecía su espresion de bondad, sus músculos se contraían, y en sus pupilas aparecía toda la ferocidad de aquel hombre que no se detenía ni aun en el hecho de dirigir un asalto á puñal, á las ocho de la noche y á una cuadra de la Policía: el asalto á la casa del señor Lanús, que narraremos á su tiempo.

Larrea dominó el estallido de su cólera y quedó en volver al dia siguiente por una respuesta definitiva—alejándose á casa de su amante, para hablar con Amalia y aleccionarla en los llantos y palabras que debía emplear para obtener de su padre el codiciado consentimiento.

Si este suegro apetecido habia vacilado al principio en acceder á la demanda, cuando vió la espresion del rostro de Larrea, despues de oir su respuesta, tomó la firme resolucion de negarse redondamente á sus pretensiones.

Larrea era un hombre decidido á todo: para lograr sus fines, no había medio violento que fuera capaz á detenerlo:—por el contrario, el padre de Amalia era un honorable panadero débil de carácter y de poco valor: la lucha pues, aunque dura, debía ser ventajosa para el bandido, que ya había deducido todas las probabilidades que tenía á su favor.

Al dia siguiente volvió Larrea á la panadería en busca de la respuesta, sentándose en el escritorio, frente al padre de Amalia.

La conferencia era privada, y en el escritorio no había mas que ellos dos.

El panadero en pocas y francas palabras, manifestó á Larrea su decision de no casar todavía á su hija, añadiendo que dentro de dos años tal vez cambiara de modo de pensar, pues su hija aun era demasiado jóven.

Rápido y enérgico, verdaderamente terrible y antes que el panadero pudiese darse cuenta de lo que sucedia, Larrea se lanzó á la única puerta del escritorio, la que cerró con los pasadores.

Ante el formidable aspecto del bandido, el panadero tenía que intimidarse, y fué lo que sucedió.

No se sabe á punto fijo la escena que tuvo lugar dentro de aquel escritorio.

Unos dicen que Larrea amenazó de muerte á aquel hombre, otros aseguran que lo estropeó de una manera bárbara; el hecho es que cuando el escritorio se abrió, Larrea apareció en la panadería, radiante, y el padre de Amalia consintió en el matrimonio que se celebró esa misma noche, despues de una gran comida y fiesta que organizó el mismo Miguel Larrea.

Ya tenemos á nuestro bandido casado de nuevo y socio de una panadería acreditada, y de muchísima clientela. Su suegro lo recibió como socio en el negocio, aunque este siguió girando bajo su nombre y compañía.

Era á su sombre pues que Larrea iba á empezar su vida de comerciante honrado, girando en plaza y disponiendo á su antojo del capital de su suegro.

Larrea confesó á su mujer que había sido un gran calavera, pero que estaba dispuesto á componerse por completo y á hacer una vida modelo de hombría de bien.

Seis meses vivió Larrea sin dar que decir respecto á su conducta: trabajaba de día, salía á la compra de harinas, regresaba á comer y á la noche salía poco, no regresando á su casa despues de las once de la noche.

¿Qué nuevo plan se maduraba en la cabeza del bandido? O es que realmente estaba dispuesto á cambiar de vida, seguro de que el zapatero Muñiz, único que lo conocía, no lo había de delatar?

Sigamos las nuevas aventuras del bandido que acababa de añadir á sus nuevos crímenes el de bígamo, haciendo víctima á una criatura bella y honesta y á un honrado negociante.

Si Larrea estaba seguro del silencio del zapatero Muñiz y de su suegro, no lo estaba del de su mujer en Valladolid, cuyo recuerdo solía realmente amargar las horas de su vida, con un sombrío presentimiento. Y Larrea no se equivocaba.

Lo que no era capaz de intentar su suegro, lo que no hacía por falta de corage el zapatero Muñiz, Larrea lo temía de su mujer—alma española y espíritu varonil que era muy capaz de cruzar el océano en su busca y entregarlo á la justicia sin que los antecedentes del bandido lograran poner miedo en su corazon, cuya valentía harto conocía Larrea.

Una tarde del 76, el terrible bandido estaba á la puerta de la panadería tomando el fresco, y conversando con su mujer, que se hallaba en el interior. De pronto dió un grito y palideció como un cadáver.

Sobrecogida de asombro, su mujer le preguntó que tenía, pero él la tranquilizó diciéndole que le había dado un calambre, pero que ya se le había pasado.

Una mujer fuertemente hermosa y vestida con lujo se había detenido en la puerta y hablaba con Larrea en voz baja, de manera que no pudieran oirla de adentro.

Amalía, al ver esto, tuvo celos y salió á la puerta á preguntar á su marido quien era aquella mujer:—una jóven recien casada, no tolera nunca que su marido hable con otra mujer jóven y fuertemente buena moza, mucho menos ella, á quien Larrea había confesado que, mientras fué soltero, fué un calavera de primera fuerza.

Larrea palideció hasta ponerse livido—aquella mujer era la suya, la que él suponía en Valladolid y que había cruzado el océano en su busca, para llevarlo consigo ó entregarlo á la justicia.

—¿Quién es esa mujer? había preguntado Amalia á Larrea, que había tomado un aspecto completamente cadavérico.

—Es mi cuñada, respondió el bandido, que me trae una mala noticia.

La primer mujer de Larrea lanzó sobre ellos, con sus negrísimos ojos, una mirada de supremo desprecio, y se alejó de allí diciendo: Ya sabes, á las ocho —cuidado con hacerme esperar.

Larrea permaneció inmóvil, demudado, silencioso, sin responder á la lluvia de preguntas que le dirigía Amalia, el bandido lloraba, se mordía el puño con una desesperacion impotente, y miraba al cielo con sus bellos ojos azules, donde estaba pintada la mas verídica espresion de dolor.

Era seguramente la primera vez en su vida que aquel bandido se conmovía, que sentía gravitar sobre su corazon un mundo de dolor y remordimientos imposibles de describir.

Su conmocio crecía, y Amalia con sus ruegos y caricias, no lograba obtener mas que esta respuesta:

—No es nada, mujer, no es nada.

Larrea habia visto á su mujer, á su primer mujer y se habia conmovido de una manera poderosa; habia doblado la cabeza bajo el peso de un golpe de muerte y su corazon que no habia temblado jamás se habia sentido avasallado hasta la suprema ternura—Larrea habia llorado.

¿Qué fuerza moral poderosa habia logrado conmover aquel espíritu fuerte, templado en el presidio y endurecido en el ejercicio del crímen practicado por aquel hombre con una vehemencia salvaje?

Era la conciencia que despertaba en los senos del corazon poniéndolo frente á su pasado criminal y viendo en su mujer la fuerza del destino, que él sabia invencible, y que lo aplastaba con el peso del cadalzo, ó era el amor el único sentimiento que gobernaba su moral y que lo ponia frente á su primer mujer, recordándole su pasado feliz, su porvenir luctuoso su juventud, su familia, su patria?

¿Larrea tenia la certeza de que su mujer lo iba á delatar y se desplomaba por completo ante la idea del presidio, con un sumario que revelara hasta el mas pequeño acto de su miserable existencia?

No este sentimiento, fuera de duda, el que hacia desmayar á Larrea, hasta el punto de llorar y llorar con verdadera amargura y con la desesperacion del que se deja dominar por el llanto.

Sobre aquel bandido el temor no podia influir de aquella manera, ni el miedo podia revelarse jamás bajo la forma del llanto. El presidio no podia amedrantarlo, aunque él hubiera visto la muerte.

Era un sentimiento mas íntimo, mas delicado, que se despertaba en su alma con todo el vigor de su espíritu templado al azote de la suerte, y levantando en él recuerdos que parecen de otro mundo.

Tenia que luchar con un enemigo tremendo que iba á usar armas mortales y contra quien no podia oponer otra coraza que su cariño, su inmenso cariño que, al ver á su mujer. que sin duda habia sido su única afeccion, habia despertado poderoso, haciéndole derramar las únicas lágrimas que habia vertido.

Larrea conocia á aquella mujer, hermosa á que lo habia amarrado el destino. Era una hija de Castilla la vieja, que lo amaba inmensamente, y sabia que al afirmar su segundo casamiento, habia firmado una sentencia de muerte, mas eficaz que la que podrian decretar sobre él los tribunales.

Qué muger era pues ésta, cuya presencia habia abatido por completo al tremendo Larrea?

Aquella era una castellana, y para Larrea el todo de este secreto era esa consideracion.

Una castellana es una mujer de gran corazon siempre: sus pasiones son siempre poderosas y se inclinan siempre á los estremos—cuando ama, ama hasta el delirio, no hay sacrificio que no afronte con altaneria, ni peligro capaz de detenerla cuando camina impulsada por el amor.

En el ódio la castellana es tan vehemente como en el amor—se venga de un desprecio á su cariño, aunque tenga que esperar veinte años, y como en el presente caso, atravesar dos mil quinientas leguas sobre el Oceano.

La mujer castellana se entrega por completo al hombre que llega á despertar en ella el primer amor, que duerme en su corazon cubierto como la lava en los senos del volcan:—entrega cuerpo y alma, se deja absorber por completo, sin volver atrás, sin mirar hácia el porvenir, pues su marido como su amante, llegan á encerrar todo para ella, desde su alegria infantil hasta su religion.

El amor para ella viene á ser un culto, una adoracion suprema que ella misma no se esplica, pero á cuya luz gira y muere como la última mariposa de la tarde á la luz del gas.

En este caso la mujer castellana tolera y perdona al amante ó al marido, toda clase de pequeñas calaveradas y descuidos—si este se hace un criminal, llora á la reja de su cárcel y lo sigue serena hasta el patíbulo, como si es un perdido lo recojerá de la calle ébrio, llegando hasta sufrir sus malos tratos, con una paciencia impoderable.

Pero ay! del hombre que la ofenda en su amor! ay! del amante que le desdeñe por otros amores! ay! del que se olvide un segundo de la fé jurada! pues tendrá en seguida sobre sí, á la tremenda castellana exigiéndole cuentas de su perfidia.

No perderá un átomo de su amor, no dejará por esto el hombre de ser para ella el objeto del amor supremo, pero no habrá consideracion humana que la aparte del camino de la venganza.

Es una venganza que ejecuta con pasion, aunque despues de cumplida sepa pueda morir de pena, ó labrarse una existencia miserable.

Larrea sabia todo esto—sabia hasta donde habia ofendido á su muger y habia temblado, pues se habia sentido sujeto, por primera vez á una cadena para la que no habia lima eficaz.

El se sentia, pues, desplomado por el miedo y por el amor; sentia remordimientos por su pasado, preveia un porvenir terrible y recordaba el pasado feliz de sus primeros amores, recordaba la patria y la familia, la infancia y los ardientes amores de aquella mujer que se le habia aparecido tan de improviso, hablándole palabras que solo él oyó y dejando caer sobre su espíritu la poderosa mirada de sus ojos negros y ardientes.

Por otra parte, Larrea se encontraba ante su jóven y reciente esposa, ante la

gentil Amalia, que se habia casado con él miserablemente engañada y cuya mirada inocente no se atrevia á afrontar.

Su situacion era formidable—temia las iras de su castellana y se sentia débil ante el candor de Amalia, que le preguntaba en su inocencia el porqué de sus lágrimas.

Poco á poco las ideas incoherentes de aquel hombre, se fueron fundiendo, sus lágrimas se fueron secando, concluyendo por dominarse completamente, no tanto que no pudiera verse en sus lábios secos y su boca entreabierta, esa rara y estraordinaria espresion que se marca solo en la boca del sentenciado, á medida que se aproxima á su última estacion de la vida.

A las 8, Larrea se habia dominado por completo, se habia vestido y se preparaba á salir. Su muger volvió á preguntarle quien era aquella señora que lo habia hablado en la puerta, y cuya vista ó palabras le habian ocasionado aquella fuerte impresion.

—Es una de las tantas mugeres que he conocido en mi vida de calavera y basta—le dijo Larrea, con tal tono, con tal imperio, que Amalia no se atrevió á insistir, acompañándolo hasta la puerta y recomendándole no volviera tarde.

Larrea iba á asistir a una cita mas temible para él que el interrogatorio de un Juez de Crímen, y vacilaba desandaba las cuadras, alargaba el camino no queria asistir, pero temia faltar.

La idea de huir se habia ofrecido ya á su audaz pensamiento: pero adonde habia de ir, que no diera con él la hermosa castellana!

Cansado de tanta vacilacion, tomó una resolucion firme, secó sus lágrimas y franqueó el dintel de la posada del Caballo Blanco, donde lo esperaban con impaciencia, desde hacia media hora.

Allí estaba su muger, siempre hermosa, pero con su fisonomía alterada por una espresion de enojo que contuvo al bandido en el umbral de la puerta, sus ojos, sus negrísimos ojos estaban perfectamente secos, pero en su rojo enramaje era fácil adivinar que aquella mujer habia llorado, habia llorado mucho.

Aquella primer entrevista fué superior á las fuerzas de ambos porque ambos se conmovieron, ambos se cubrieron de una palidez de muerte y sus sollozos ahogaron por un momento la voz en las gargantas de aquellos dos espíritus fuertes habian sido dominados uno por el otro.

Cuando esa primer impresion hubo pasado, cuando la castellana se sintió enteramente dueña de sí, hizo sentar á Larrea, se sentó ella misma, y le dijo secamente: Aquí me tienes, he venido por tí.

Larrea jimió y permaneció mudo—no encontraba una disculpa á mano él, que habia afrontado sereno la muerte y habia desafiado el poder de los presidios. No tuvo palabras con qué disculparse ante su mujer y permaneció mudo.

Esta le esplicó su venida de la siguiente manera:

—Recibí tres mil duros que me enviastes junto con el aviso de la posicion que habias sabido labrarte.

Conocia todas tus nuevas hazañas que te habia perdonado de antemano, pues mi único anhelo era venirme juntar contigo y correr el destino de tu suerte. Al llegar á América he sabido todo por Muñiz, hasta tu enlace, y vengo en tu busca para llevarte conmigo ó entregarte á la justicia.

—No me entregarás, habia dicho Larrea, porque me amas mucho, aunque por esta misma razon lo entregaria.

Larrea, aguzando su sutil inteligencia, trató de convencer á su mujer de lo descabellado de su empresa, de la crueldad de su accion, invocando recuerdos de amor y de un pasado feliz que podian continuar desde el momento.

Larrea no empleó la amenaza—esto prueba que conocia á fondo el corazon de su mujer, la que habia llegado á descubrirlo donde la misma Policía no habia sospechado su presencia.

Larrea pedia á su muger lo esperara ocho dias, tiempo que necesitaba para realizar su última empresa, cuyo resultado debia asegurarle el porvenir, pero su muger le exijió la inmediata partida, creyendo que aquellos pretestos ocultaban un plan de fuga con su otra muger.

Larrea argumentó de tal modo, habló con tal pasion y tal vehemencia, que su muger le acordó el plazo pedido, bajo la promesa de que en este tiempo no habia

de asomar las narices por la panaderia donde habitaba su última muger, cuyo recuerdo hacia renacer en ella un odio feroz, y un arrenpeiimiento en perdonar á Larrea.

El espíritu de venganza en esta muger estaba adomercído por la presencia del objeto amado, de aquel hombre á quien queria con locura, pero la ausencia de este lo habia de despertar mas tremendo, pues ella no habia renunciado á su venganza: engañaba á Larrea, para impedir que esta la fuera á desbaratar haciendo huir á Amalia.

Ella habia renunciado á entregar á Larrea á la justicia, pero no habia renunciado á vengarse de la mujer con quien este se habia casado nuevamente—queria humillarla, queria que el mismo Larrea la rechazase y la renegase como á la mas ruin mugerzuela.

Larrea permaneció con su mujer toda la noche; su perdon, su condicion inevitable era que Larrea pusiera ante la curia demanda de divorcio á su otra muger, sin descubrirle todo su plan, que en verdad era terrible.

Cuando Larrea salió del *Caballo Blanco*, al otro dia por la mañana, habia prometido entablar demanda de divorcio contra Amalia y huir con ella así

que esta hubiera terminado, por supuesto sin ir durante ese tiempo á la panadería.

Larrea salió de allí dominado por este cataclismo, y dando vuelta al mismo tiempo en su cabeza un plan admirablemente organizado cuya víctima debia ser el Dr. Gundin, domiciliado en la calle de la Defensa.

Salió de la posada, y se dirigió al Paseo de Julio, en uno de cuyos bancos se sentó á reflexionar sobre su situacion única.

Necesitaba aire para refrescar su cabeza enardesida y coordinar sus ideas, pues iba á necesitar todo el apogeo de su inteligencia para no perderse en el laberinto donde se habia metido.

Al lado de su mujer se sentia dominado bajo la abrasadora mirada de sus negrísimos ojos; lejos de ella, se representaba su segunda mujer, candorosa, bella, inocente, y Larrea se sentia conmovido y falto de las fuerzas necesarias para afrontar la presencia de Amalia, á quien no veia desde la noche anterior.

Larrea tenia deseos de correr hasta la panadería de su suegro á consolar á Amalia, que estaria cuidadosa y desesperada, pero habia prometido á su mujer no ir y no se atrevia á faltar á su promesa; tenia un doble miedo á la castellana: el miedo de perderla y el miedo de ser entregado por ella á la accion de la justicia.

Larrea presumia que su mujer no debia haber venido sola desde Valladolid; habia visto en el Caballo Blanco un tipo *terne* de su tierra y sospechaba fuera aquel el hombre de que se hubiera hecho acompañar aquella mujer, y al pensar esto, á pesar de un convencimiento íntimo, Larrea tuvo celos, y al tenerlos sentenció á muerte á aquel hombre que se habia prestado á acompañar á su mujer en la empresa de perderlo, tal vez con el propósito de heredarlo en su corazon—sin recordar que el corazon de una castellana es la tumba donde se sepulta, junto con el marido, todo sentimiento amoroso.

El bandido estaba encerrado en un aro de fierro superior á las esposas que llevaba en el presidio de Santander.

Por fin levantó la cabeza y tomó una resolucion suprema;—él iria con su mujer á España, pero no sacrificaria á Amalia—huiria de Buenos Aires, haciéndole creer que habia muerto,—pero Larrea, al tomar esta resolucion, no contaba con la firmeza de alma de su mujer, que habia andado dos mil quinientas leguas para vengarse y que no volveria sin haber desahogado en ella todo lo que habia sufrido desde que supo la última infamia de su bandido.

Larrea se fué á almorzar esa mañana á la *Sonámbula*;—tenia que concluir su plan de robo contra Gundin y tenia que engañar á su mujer, para lo cual necesitaba todo el aguzamiento de su espíritu sutil y emprendedor, pues no dejaba de comprender que la fatalidad se le venia encima, y que para combatirla de nada le servian el puñal ni la fuga; solo su cabeza debia salvarlo, y él lo comprendia así.

Concluyó de almorzar, dió un largo paseo y regresó al *Caballo Blanco*, donde tuvo que esperar á su mujer que habia salido desde temprano, por lo que Larrea creyó no tardaría en volver, suponiendo que su mujer habia salido á seguir sus pasos, temiendo que volviera á la panadería apesar de lo prometido.

Al entrar á la fonda vió al *terne*, y llevó instintivamente la mano al bolsillo del pecho,—pero se detuvo: habia pensado que no era aquel el momento oportuno, ó no habia encontrado en el bolsillo lo que buscó:—sonrió y siguió adelante—aquella sonrisa queria decir: «No hay cuidado—ya te llegará tu hora.»

El terne á su vez no habia dejado de mirar sin recelo á Larrea—conocia sus antecedentes, sabia de lo que era capaz y no estaba muy seguro—El puñal de Larrea era seguro y pronto, y este hombre debia conocer la leyenda de Joselito Salat.

Ambos cambiaron una mirada rápida pero profunda—la de Larrea era de amenaza, la de aquel terne que no debia ser de muy blancas entrañas, era de desconfianza.

Larrea esperó hasta las dos de la tarde, hora en que volvió su mujer, con el semblante alegre y la mirada lucida: estaba pálida pero contenta—aspecto que atemorizó mas á Larrea, porque veia en él el gozo de un sentimiento satisfecho.

¿Qué habia hecho la castellana durante su ausencia?

La castellana habia ido á la panadería del suegro de su marido á completar su plan diabólico.

Sabia que Larrea podia salvar á Amalia, engañándola á ella misma; conocia el alma del bandido como á su propia fisonomía y temia se le escapase su venganza de ver humillada, confundida, escarnecida á aquella niña, cuyo único delito habia sido caer en una trampa, hábilmente tendida por el bandido.

Amalia lloraba amargamente, ocultaba su hermoso y juvenil semblante en el pecho de su padre, narrándole que la ausencia de su marido coincidia con la aparicion de aquella mujer hermosa; tenia celos y tenia temor de que á su marido le hubiera ocurrido una desgracia y buscaba consuelo en las palabras cariñosas del padre, cuando asomó en la puerta el hermoso y lívido semblante de la castellana que entró allí con la misma naturalidad de quien entra á su propia casa.

Amalia como si hubiera sentido el poderoso calor de la mirada de la castellana, retiró la cabeza del pecho del padre y miró á aquella mujer, con ese odio espontáneo que sin saberlo, sin esplicárselo, siente una mujer por la rival afortunada.—Aquellas dos mujeres se desplomaron en una mirada todo el ódio que encerraban sus almas y permanecieron mudas y abismadas en su mútua contemplacion.

En la mirada de la castellana se desbordaba su corazon volcánico, pintando en ella todo el ódio, todos los celos, todo el rencor que encerraba, y haciendo fulgurar en ella un resplandor supremo que brillaba acerado y agudo como una lanza.

En la mirada de Amalia habia toda la curiosidad del que quiere penetrar un misterio y al mismo tiempo se veia en ella el poder de los celos que le inspiraba aquella mujer.

La castellana estaba altiva.—Amalia abatida—era una gacela luchando con una leona.

Amalia bajó los ojos dominada, no pudiendo resistir la fuerza magnética que despedian las negras pupilas de aquella mujer, cuyo espíritu tenia muchos puntos de contacto con el espíritu de Larrea.

—En qué puedo servir á usted? preguntó el padre de Amalia, para cortar aquella situacion violenta.

—Usted no puede servirme en nada, respondió esta—soy yo, quien al contrario, viene á prestar á ustedes un inmenso servicio.

—Ha sucedido algo á Larrea? preguntó precipitadamente Amalia, con la vehemencia de la mujer que teme una desgracia al ser amado con delirio.

—No, jóven, respondió la castellana, lívida ya por el coraje que despertaba en aquella el sonido de la voz de Amalia:—á quien sucede una cruel desgracia es á usted misma, y yo vengo á anunciar esa desgracia—y espantaba el frio de arma blanca que se sentia en la espresion y sonido de aquella voz.

—¿Qué sucede, por Dios? preguntó Amalia con toda precipitacion y aproximándose á aquella mujer portadora de una desgracia anunciada de aquella manera.

—Sucede, respondió la castellana,—sonriendo de una manera infernal y dejando ver al sonreir una doble fila de blanquísimos dientes—sucede que yo soy la esposa de Juan Martin Larrea, casado con usted bajo el nombre de su hermano Miguel Larrea, casamiento que es núlo porque yo soy su mujer desde hace siete años, mientras usted lo es solo de siete meses á esta parte.

Un rayo caido á los piés de Amalia no la habria dejado mas helada de espanto que aquella revelacion: se desplomó como un cadáver y rompió á llorar de una manera conmovedora, retorciendo sus brazos con una desesperacion irresistible. El padre la socorria, presa de una afliccion imponderable y con una agitacion tiernísima, mientras la castellana los miraba fria y sonriente, haciendo alarde de una crueldad satánica y saboreando aquella doble desesperacion con una firmeza que parecia increible en una mujer, pues se veia que estaba conmovida, pero que dominaba aquella conmocion con una voluntad que solo poseen los grandes espíritus.

La pieza donde pasaba esta escena se habia llenado de curiosos y dependien-

tes de la panadería, atraidos por el llanto de Amalia y las voces con que su padre intentaba calmarla.

Este fué el primero que dominó la situacion; se dirijió á aquella mujer funesta y le preguntó si tenia pruebas para demostrar su revelacion.

—Tengo mucho que hablar con ustedes, respondió esta, pero solos, no necesito tanto público.

Se hicieron retirar los curiosos. Amalia fué conducida á su aposento, donde se trasladaron la castellana y el abatido panadero, y allí dió esta su hábil golpe.

Probó con su fé de casada y la fé de bautismo de ambos, que ella era la única y verdadera mujer de Juan Martin Larrea, conocido aquí por los nombres de Antonio y Miguel y manifestó que estaba dispuesta á hacer valer sus derechos ante la Curia y ante el mismo diablo, tomando un tono cariñoso y protector al dirijirse á Amalia con estas palabras:

—Comprendo que usted ha sido engañada con una habilidad diabólica y es por esto que yo vengo á ayudarla para ahorrarle muchas vergüenzas y muchos malos ratos.

—Pero es mi marido y usted no me lo puede quitar, dijo Amalia creciendo en desesperacion: nos hemos casado ante la Curia y él no me negará que es mi marido.

—Aunque esto sucediera, es mi marido, tengo los derechos que dá la ley á la primer mujer y me lo llevaré conmigo apesar de él mismo.

—¿Y por qué ha venido usted? El no la quiere ya, puesto que se ha casado con otra, y usted hace mal en perseguir á un hombre que no la quiere.

Esta fué una puñalada terrible para aquella mujer ardiente—pero se dominó por completo, y sin perder su aplomo y tono cariñoso, dijo que aquellas eran cuentas de su propio corazon que no tenia que esplicar á nadie, ni dejaba escapar una venganza que la habia alimentado tanto tiempo.

Y en efecto, aquella mujer habia hecho un viaje terrible, sufriendo las impertinencias de los pasageros y las galanterías que le habian prodigado durante el camino. Lo que se proponía á aquella mujer era para ella un disparate que no valía ni la pena de ser contradicho.

Apartó su mirada de Amalia, y dirijiéndose al padre le dijo:

—Es necesario que ustedes entablen hoy mismo, si es posible, demanda de divorcio, para salvar las formas; de todos modos, Larrea no ha de volver mas aquí, porque vive conmigo, que soy su única mujer. Entablen la demanda sin pérdida de tiempo.

—Es que yo me vengaré, dijo entonces el padre, presa de un arrebato de ira, yo me vengaré y mataré á Larrea, haciéndole sufrir de una manera cruel morirá en mis manos.

La castellana sonrió al oir esta amenaza—todo su amor se habia despertado al oirla, y con el orgullo que le inspiraba el frio valor de su marido, amenazado de muerte por un hombre inferior, salió de la panadería, altiva y soberbia, diciendo:—Usted no matará á mi marido porque él *es mucho hombre* y para llegar á su corazon se necesita otro brazo y otras entrañas que las suyas buen hombre; ustedes lo que tienen que hacer es pedir el divorcio y andando.

La castellana salió de allí y tomó la direccion del Caballo Blanco meditando una cosa infernal: Ellos pedirán el divorcio, pensaba, Larrea será citado, yo concurriré tambien, y haré que él la humille en mi presencia, llamándola solo su pasatiempo, no su esposa.

Esta era la venganza que la castellana les reservaba, pues no dudaba que para Larrea no habria vacilacion entre ella y la mas hermosa mujer de la tierra.

Entre tanto, Amalia y su padre habian quedado verdaderamente anonadados. Mandaron llamar á un vecino amigo, del que tomaron consejo, y resolvieron entablar la demanda de divorcio.

El panadero habia renunciado á matar á Larrea, recordando sin duda la

escena que precedió al casamiento de su hija y el aspecto formidable que habia notado varias veces en la fisonomía de su yerno.

En esa situacion de espíritu entró la castellana al Caballo Blanco, donde la esperaba Larrea.

Ella le ocultó lo que habia hecho esa mañana, como él le ocultó su plan de salvar á Amalia; Larrea habia resuelto fugar con su primer mujer sin hacer mal á la segunda, y aquella debia realizarse con los dos últimos crímenes que cometiera aquí Larrea, y que eran el robo de la casa del Dr. Gundin en la calle de la Defensa y el salteamiento de la casa del Sr. Lanús.

Larrea pasó aquel dia con su mujer y se retiró á la tarde para concluir de preparar su primer robo, por supuesto bajo la promesa de no ir á la panadería.

Al salir de la pieza que ocupaba su mujer, Larrea se encontró con el terne que la acompañaba y palideció haciendo vagar su terrible mirada de la cara de aquel hombre á la de su mujer. Esta comprendió todo lo que encerraba aquella amenaza y deteniéndolo de un brazo le dijo:—No hagas mal á ese hombre, Juan Martin, (sabemos que este era el verdadero nombre de Larrea) no le hagas mal, que es el que me ha acompañado desde Valladolid, librándome de muchos desagrados,

Larrea salió rápido y sonriente; parecia que su situacion se habia aclarado y que, por el momento, no tenia nada que temer; creia engañar á su mujer y estaba tranquilo aunque receloso.

Veamos como efectuó Larrea el robo al Dr. Gundin, mientras se desencadenaba sobre su cabeza la tempestad que le habia preparado su mujer, que habia llegado á convertirse en su fatalidad.

En la calle de la Defansa y Comercio, habitaba entonces el conocido médico Gundin, establecido allí desde años atrás, persona que llevaba una vida tranquila y arreglada.

El Dr. Gundin no tenia familia, vivia solo y sin mas gente de servicio que una jóven criadita que desempeñaba el servicio y arreglo de las piezas, y una vieja cocinera que hacia mucho tiempo lo acompañaba.

Larrea habia averiguado qué persona era el Dr. Gundin, y habia sabido que era un médico de alguna fortuna, fortuna que, constando en acciones al portador y en billetes de Banco, estaba guardada en su mayor parte en una caja de fierro, en escritorio de su casa, resolviendo apoderarse de aquella.

Para llegar á la caja, el bandido se puso en contacto con la jóven criadita, á quien se presentó bajo el aspecto de un portero de casa rica, que habia sido seducido por su belleza y recatada conducta que conocia, segun le manifestó, por haberse informado de personas que la conocian.

El ladron sabia que para poseer por completo el corazon de una criadita, era necesario presentársele de igual á igual, con la única superioridad de algunos meses de salario puestos en el Banco, y por su puesto, bajo formal palabra de casamiento. Era en su aspecto, un hermoso gallego bonachon.

Muchos dias estuvo Larrea pelando la pava con la criadita por lo fino, hasta que llegó á entrar á la casa á visitarla todas las noches, mientras el Dr. Gundin salia para ir al teatro ó reunirse con algunos de sus amigos.

Larrea entraba entonces á la habitacion de Juanita,—así se llamaba,—donde permanecia hasta las diez, despues de dar fin á una botellita dé licor que llevaba y á una media libra de masitas que tenia el cuidado de mandar buscar con la misma Juanita, á una confitería poco distante de allí.

El bandido conocia admirablemente la casa del Dr. Gundin, pues á pretesto de conocer si esta era una persona de gusto, se habia hechó mostrar la sala, escritorio y aposento, reconociendo con un golpe de vista matemático la solidez de la caja de fierro que era su punto principal, por cuya razon nunca habló de ella á la criadita.

Cuando esta iba á comprar las masas, segura de que el patron no volveria, él se encaminaba rápidamente al escritorio y examinaba á su antojo la construccion y solidez de la caja.

Cuando Juanita volvia lo hallaba siempre en su piecita, donde Larrea la recibia siempre con gran júbilo, diciéndole que era preciso activar su casamiento, pues no se conformaba con tener que regresar á la casa de su generoso patron, solo, despues de haber pasado allí tan deliciosos momentos.

Juanita, que habia creido á puño cerrado en la honestidad de Larrea, y sobre todo, en su casamiento, se tenia por completamente feliz, pues estaba verdaderamente apasionada de su hermosísimo gallego.

Una noche por fin, Larrea se decidió á dar el golpe, y munido de los instrumentos del caso, se dirijió à casa del Dr. Gundin y anunció á Juanita que ese dia habia mandado llamar á su padre, que era cigarrero en Montevideo, para casarse dentro de 15 dias, noticia que recibió Juanita con una alegría consiguiente á una criadita que solo habia aspirado á un cochero de tranway, y que se veia de la noche á la mañana solicitada por un lindo gallego, colocado de portero en una casa rica, de la que ella seria costurera, y dueña de veinte y cinco mil pesos honestamente ganados y colocados en el Banco.

Juanita se entregó por completo á una franca alegría y quiso entrar en detalles, pero el bandido, que no debia perder tiempo, pues eran las ocho de la noche y el Dr. Gundin regresaba de diez á diez y media, dijo á su novia que era preciso fuera á comprar unas tabletas esquisitas que habia visto en la confitería de la esquina de Defensa y Victoria, que él la esperaba con el licor abierto, pues tenia muchas buenas noticias que darle.

Con la ligereza y alegría que dan la posesion de la felicidad suprema, Juanita tomó el dinero que le daba su novio, como de costumbre, y se fué á comprar las tabletas solicitadas.

Larrea quedó completamente dueño de casa, pues la vieja cocinera no dormia en ella y hacia ya mas de una hora que, concluida su faena, se habia retirado.

En cuanto calculó que Juanita habia andado media cuadra, el bandido cerró la puerta de la calle y rápido y seguro se dirijió al escritorio, pues no habia un momento que perder, no tenia mas tiempo para dar su golpe, que el que emplearia Juanita en ir y volver á la confitería de la Union.

Seguro de sí mismo y con su sangre fria habitual, Larrea empezó su operacion con la destreza de un cirujano que va con su bisturí recto á la arteria que busca en el cadáver que conoce, con una perfeccion matemática: sacó su ganzúa, su célebre ganzùa de que ya se habia servido en la casa de Dupuy y Ca., la introdujo en la cerradura y la hizo girar—La cerradura resistió momento, pero en seguida cedió, sintiéndose ese ruido especial del pestillo que se descorre haciendo estremecer el corazon del ladron que se encuentra lleno de ansiedad, esperando aquel ruido que le quita del espíritu todo temor y toda duda.

A aquel ruido de pestillo, la fisonomía de Larrea se iluminó con aquella espresion indefinible que se ve en la cara del aviso al contacto de su oro. Nunca habia sentido el bandido tanta emocion, pues aquel robo importaba para él lo que no habian importado los otros, su tranquilidad y su fuga, adquiridas con aquel dinero.

La cerradura cedió, pero la puerta de la caja no se abrió—estaba aun cerrada por otro pequeño pestillo que se abria por medio de un secreto desconocido para el ladron.

Una nube de despecho y de ansiedad borró de su semblante la alegría pintada en él poco antes: Larrea conmovido y sudoroso hundió á través de la puerta una mirada en el interior de la caja, como si con aquella mirada fuese á allanar la dificultad que se le ofrecia—Era necesario ganar tiempo, Juanita podia volver y entorpecer la operacion, aunque no destruirla, pues en último caso él la inutilizaria en el zaguan, cosa en que no habia pensado y para lo que no estaba preparado.

Dos minutos, solo dos minutos de vacilacion sufrió el espíritu de Larrea, minutos que fueron una noche entera.

Por fin sacó un formon y un mazo de madera, colocó aquel formon en la juntura baja de la puerta de la caja y dió en el cabo un golpe de maza con una pasmosa habilidad y fuerza: al chocar el mazo con el formon no se produjo

ruido alguno, porque el cabo de aquel estaba maestramente forrado en paños, pero la puerta se abrió con algun ruido, dejando á merced de las temblorosas manos de Larrea. el contenido codiciado de la caja.

A la vista del dinero, Larrea se serenó por completo y dominó toda emocion, sabiendo lo necesario y útil que es en estos casos la calma y sangre fria.

Un bandido vulgar se hubiera apoderado de todo y hubiera huido, dejando la pieza en el mayor desórden; pero este proceder no hubiera sido digno de un ladron de su fama y de su crédito. Larrea empezó á trasladar á sus bolsillos el contenido de la caja, con gran rapidez, pero con la misma tranquilidad con que lo hubiera hecho el mismo doctor Gundin:—eran ochenta mil prsos en billetes de Banco y ciento diez mil en diferentes acciones, donde figuraban dos de Amambay y Maracayú, que el bandido depositó nuevamente en el caja.

En seguida recogió sus instrumentos, arregló el desórden de la pieza, escribió dos líneas en una pizarra que estaba colgada en la pared del lado de afuera y abrió la puerta de calle, dirijiéndose en seguida al cuarto de Juanita:—había empleado en la operacion solo diez y ocho minutos.

Dos ó tres minutos despues entró Juanita, radiante de alegría, con un papel de tabletas que se sentó á comer en compañía de Larrea y de una botella de licor, hablando de su próximo enlace, y de la venida del padre de su novio, que este le señalaba bajo el nombre de *tu suegro*.

En amorosa plática y haciendo honor al licor y tabletas, permanecieron los novios hasta las nueve y media de la noche, hora en que el hermoso gallego se retiraba, para no ser sorprendido por Gundin.

A la diez y media este no había vuelto, porque Juanita cerró la puerta de calle, como lo hacia siempre que su patron no había venido á aquella hora, porque él entraba entónces con la llave del picaporte.

Aquella noche el Dr. Gundin volvió tarde—entró directamente á su aposento y se recogió, sin poder sospechar la escena que había tenido lugar en su escritorio.

El bandido había regresado al Caballo Blanco, y entregado á su mujer los ochenta mil pesos, saliendo en seguida á realizar sus acciones al portador, en la multitud de parajes conocidos en el mundo lunfardo.

Al dia siguiente á las diez de la mañana y despues de haber almorzado, el Dr. Gundin fué á la pizarra de su escritorio á copiar los apuntes que en ella hubiera, como lo hacía siempre, y quedó sorprendido ante el primero de ellos, que había dejado cavilosos á los clientes que, al ir á dejar su apunte, lo habían leído antes que él.

Aquel apunte, escrito con aquella hermosa letra española que poseía Larrea, decía estas palabras:

«El doctor Gundin puede girar por valor de 200,000 pesos, contra el Banco de Antonio Larrea y Cia. donde se halla depositada su fortuna.

Antonio Larrea y Cia.»

Al doctor Gundin le llamó la atencion aquel aviso original, pero como no conocía á Larrea no podía sospechar la verdad:—llamó á Juanita que se manifestó ignorante de la persona que pudiera haber escrito aquellas líneas, y se dirijió á su escritorio, festejando interiormente la broma. Antes de salir fué á abrir la caja para sacar algun dinero y quedó mudo de asombro. Un gobernador riojano ó un empresario de ferro-carril tucumano, no habrian hecho mayor limpieza.

Entónces saltó á su espíritu la esplicacion del apunte de la pizarra. Disimuló la cosa, sospechando la complicidad que en el robo pudieran tener Juanita ó la cocinera, y envolviendo la pizarra en un papel, se dirigió á la Policía, dando cuenta de lo que le sucedía.

Si Antonio Larrea era completamente desconocido para el Dr. Gundin, no sucedía lo mismo en el hotel del Gallo, donde tenía una larga cuenta abierta. Al ver las líneas de la pizarra, la Policía comprendió que se las había de nuevo

con el famoso ladron, tomó sus medidas para echarle el guante y mandó reducir á prision á Juanita y la vieja cocinera.

Juanita, interrogada hábilmente, contesó lo que acabamos de narrar, narracion que confirmó mas tarde el mismo Larrea, y fué puesta en libertad, pues estaba completamente libre de toda sospecha de complicidad en aquella nueva y audaz hazaña del famoso presidario.

La Policía lo buscó inútilmente durante muchos dias sin poder dar con su rastro, que había perdido por completo la misma Amalia y su incauto suegro, ocupados entónces en la demanda de divorcio.

Sigamos nosotros su pista en su curioso sumario, que lo lleva aquí á la Curia Eclesiástica.

Al dia siguiente, sacándole el cuerpo á la Policía con un nuevo disfraz, se presentó de nuevo en casa de su muger, dueño de una fortuna é invitándola á huir á Norte América ó á Génova.

Esta se negó á seguirlo, asegurándole que no se moveria de Buenos Aires, antes que él se hubiera separado de Amalia, añadiendo que era preciso activara las diligencias que habian de dar ese resultado.

Larrea salió del Caballo Blanco anodado: él no queria perder á Amalia y sin embargo, era el único medio de escapar á la venganza de la castellana venganza que, si se realizaba, seria su perdicion inevitable—su mujer lo haria prender sin el menor escrúpulo.

Estaba en la situacion mas formidable en que lo colocara la suerte, cansada de protejerlo; situacion que no alcanzaria á romper su puñal, como otras veces, pues la víctima que se le ofrecia era la hermosa castellana, y su brazo temblaba ante la sola idea de atentar contra aquella vida.

¿Qué hacer entonces para evitar la tormenta que se cernia sobre su cabeza? qué hacer para escapar á la venganza de su muger, si huia por no perder á Amalia, á quien el bandido habia cobrado un cariño inesplicable, casi paterial.

Huir, hé aquí la única senda donde pudiera encaminar su planta: huyendo escapaba por entonces á la venganza de su muger; pero le dejaba á Amalia, sobre quien esa venganza se realizaria mas cruel, mas desesperada. El bandido conocia á fondo la castellana y sabia que no habia poder bastante á detenerla.

Larrea vagó ese dia las calles, presa de grandes agitaciones—era necesario tomar una gran resolucion, cualquiera que fuera, y afrontar la situacion de una manera enérgica y eficaz. Tomó pues una resolucion suprema—salvar antes á Amalia—para lo cual tendria que engañar á su muger—y entregarse en seguida á su destino fatal, no sin luchar con astucia para desbaratar el plan de la castellana.

Se fué pues al Caballo Blanco y dijo á su muger que al otro dia pediria á la curia su separacion de Amalia y que huirian en seguida, el dia despues, para lo cual su amigo Lanús le iba á dar la suma de cien mil pesos que le habia ofrecido porque lo queria mucho.

La castellana no se dejó engañar: creía realmente que Larrea pediria su separacion, pero veía que este queria ausentarse antes que la separacion hubiese sido decretada y esta no era la realizacion de su venganza tras de la cual habia corrido dos mil quinientas leguas, atravesando el Océano. Leyó en los ojos de Larrea y se negó á seguirlo.

—No me moveré de Buenos Aires, ni permitiré que tú te alejes, antes de haber visto á aquella muger humillada y privada por completo de los derechos adquiridos sobre un marido que me ha robado como un imbécil.

El bandido veía desbaratarse su plan, con dolor y rábia;—quiso emplear nuevos y astutos argumentos que solo sirvieron para corroborar las sospechas que abrigaba su mujer, y viéndose vencido por completo, apeló á la amenaza como último recurso.

Vana esperanza! aquella muger era la fatalidad contra la que debia estrellarse por completo.

Antes que sus labios se movieran para traducir en palabras el brillo funesto de sus ojos formidables, la palabra se habia ahogado y el bandido habia enmudecido y temblado ante estas palabras que su mujer pronunció avanzando decididamente á su encuentro.

—Mátame,, vamos no tengas miedo, pues un solo rasgo de cobardía que viera en tí te atraeria mi mas profundo desprecio mátame, pero sabe que para vengarme he de salir de la tumba que me abra tu puñal.

No habia remedio: para Larrea habia llegado la hora de la espiacion, su hora suprema, y empezaba á doblar la cabeza ante la fuerza del destino.

Hay en el fondo de cada ser una conciencia que ha de despertar alguna vez en el alma del bandido—y Larrea empezaba á sentir el despertar de la suya, con cierto espanto que no habia esperimentado nunca:—tenia el presentimiento de que aquella muger iba á ser su perdicion, y empezaba á conformarse, reconociendo la razon que la asistia y su impotencia para con ella.

—Tú vas á sentarme en el banquillo—la habia dicho al bandido.

—Tú lo habrás querido, habia respondido la castellana—renuncia á ese *pingajo* y serás feliz.

—Pero si renuncio á todo menos á tí, respondió el bandido con desesperacion —embarquémonos mañana mismo.

—Si, pero antes es necesario que pidas y obtengas tu separacion, pues de otro modo siempre serias para mi un marido ageno. Qué demonio te tentó á cometer esta infamia? siguió la castellana sintiendo conmoverse de una manera poderosa; ¿no tenias mi amor que te acompañaba hasta presidio y que te hubiera acompañado hasta el fin del mundo? no sabias que yo te amaba con locura, no pensaste jamás en el dolor en que la noticia de esta infamia iba á sumirme?—tú no me has amado nunca, concluyó secando las lágrimas que se agolpaban á sus ojos, porque si me hubieras amado no habrias hecho esto y aún habiéndolo hecho no hubieras vacilado desde que volviste á verme.

Larrea se sintió verdaderamente conmovido y dominado por aquel acento de dolor inmenso, levantó su pálida cabeza y miró su muger por entre el cristal de sus lágrimas, devorando la hermosura de aquella bellísima cabeza, casi ideal, por la espresion de dolor y de ternura impresa en ella.

Todo desapareció ante el bandido, al contemplar á su mujer—la envolvió en una intíma mirada y adoptó una resolucion inquebrantable—Haré lo que tú quieras, le dijo—para mí no hay en el mundo mas que tú—por tí renuncio á todo, no llores mas y descansa en mi promesa.

La castellana se sintió feliz—vió en la mirada de su bandido la poderosa influencia que sobre él tenia su amor y no dudó un momento que aquella promesa de Larrea se cumpliria—se acercó á él, le estrechó la mano y le dijo—Puedes ver á ese tu amigo Lanús, pues partiremos al dia siguiente de obtenida tu separacion.

Larrea salió del Caballo Blanco, no á ver á su titulado amigo Lanús, pero sí á los amigos que debian ayudarlo en la audaz empresa de robo y salteo á aquella casa.

Su muger salió tambien al poco rato, seguida del *terne*, y tomó el camino de la panaderia: queria activar la separacion, queria precipitar al panadero y su hija, pues le tardaba el dia en que habia de gozar del inmenso amor que habia leído en la última mirada del bandido.

Entraron casi juntos á la Curia, donde entró tambien la castellana á escuchar la demanda y prestar su declaracion como parte damnificada.

Amalia y su padre entablaron la demanda de separacion, como si la muger de Larrea no hubiera estado presente, y una vez que concluyeron esto, se levantó ella y espuso que pedia la anulacion de aquel matrimonio que se habia efectuado despues del suyo, lo que ofreció probar al dia siguiente con sus papeles y demas cosas que fueran necesarias.

Se ofrecia una dificultad: dónde encontrar á Larrea, dónde hacerle llegar una citacion para que concurriera á la demanda interpuesta por la castellana que lo hacia reo de un gran castigo?

La castellana allanó la dificultad diciendo que como era su marido legítimo y vivia con ella, ella lo traeria consigo el dia y hora que señalara la Curia—Esta fijó el *careo* para dentro de dos dias, á las doce, y los demandados se retiraron—Amalia llorando amargamonte, del brazo de su buen padre—la castellana altiva y soberbia, seguida del terne que la acompañaba: raras mujeres que con tanta vehemencia se disputaba la propiedad de un bandido!

El momento supremo debia llegar, momento esperado por la castellana con una fé profunda.

Esa misma noche Larrea, haciendo lujo de su audacia y valor, llevó á cabo el asalto de la casa del Sr. Lapús, hecho sucedido á las ocho de la noche, á una cuadra de la Policía, y que dió por resultado la muerte del cocinero de la casa, que cayó bajo el puñal de Larrea, y cuyo detalles hicímos conocer á nuestros lectores.

Larrea tuvo que huir sin haber podido llegar á su objeto—cien mil pesos que sabian estaban depositados en aquella casa—era la primer empresa que le fallaba, lo que habia hecho decaer su ánimo, pues veía que la fatalidad empezaba á hacerse sentir sobre él.

Presa de gran desaliento, se dirigió al Caballo Blanco, donde supo lo que ese dia habian hecho sus dos mugeres.

Esperaba el dia de aquel careo, decidido siempre á lo prometido á la castellana.

Larrea pasó aquel dia con su muger, hablando detalladamente de lo que harian una vez que huyeran de Buenos Aires en busca de dias mas felices.

El dia fatal llegó, con la rapidez que llega todo aquello que nos inspira temor ó recelo, y los esposos Larrea se dirigieron á la Curia, donde llegaron sin haber encontrado á Amalia—ésta vino con su padre un cuarto de hora mas tarde.

La situacion de Larrea no podia ser mas crítica: era la primer vez que se encontraba frente á sus dos mugeres y se encontraba débil para afrontar la desesperacion de una y el dominio amoroso de la otra.

El llanto de Amalia, su fisonomía triste y demacrada por el sufrimiento, lo conmovian de una manera inevitable sentia remordimiento y volvia á renacer en él su espíritu de proteccion hácia aquella pobre niña que habia sacrificado por poseer aquella panaderia y poder negociar con la firma de su suegro.

Por otra patte los ojos de la castellana lo imponian y el amor que iba renaciendo en él, lo dominaba por completo.

—Cuál de estas dos mugeres es la vuestra? preguntó á Larrea el curial escribano.

Larrea miró á Amalia que lo contemplaba anciosa, transida por el dolor, y bajó la cabeza, que levantó para mirar á la castellana, que estaba sonriente, envolviéndolo en una mirada de supremo amor.

El bandido vaciló, estaba pálido, intensamente pálido, y á sus hermosos ojos asomaban los resplandores de la lucha que tenia lugar en el corazon—no queria asestar un golpe de muerte á la inocente Amalia, ni se atrevia á dar una puñalada en el corazon amante de la castellana—su boca habia tomado ese pliegue repugnante que borraba de su fisonomía toda espresion de belleza y no se atrevia á hablar.

El curial escribano repitió la pregunta y Larrea se conmovió poderosamente: volvió á vacilar, volvió á pasear su mirada por aquellas personas y siguió mudo como asombrado.

—Vamos, responde, le dijo entonces la castellana—¿por qué vacilas? contesta al señor cura—cual es tu muger verdadera?

El bandido se estremeció al sonido de aquella voz, y respondió *tú*, pero fué un tú que parecia mas que una palabra, un estertor.

Amalia lanzó un grito, rompió á llorar de una manera desconsoladora y su cabeza buscó abrigo en el pecho de su padre.

Aquella escena fué superior á las fuerzas del bandido—paseó una mirada vaga por aquella pieza y dijo: Pero tambien aquella es mi muger.

La castellana se levantó como movida por un resorte midió á Larrea de alto á bajo con una mirada espantosa y permaneció absorbida en su contemplacion.

Larrea no pudo sufrir mas, miró á la puerta y salió por ella, huyendo con una rapidez increible.

La castellana lo vió salir, pálida y asombrada: se repuso sin embargo saludó á los que allí quedaban y salió de la curia haciendo señas á su terne.

La castellana tomó altiva el camino de la Policía, y se hizó conducir al despacho del Gefe que era entonces D. Manuel Rocha.

Amalia y su padre volvieron á su casa.

Ahi narró la historia de Larrea en Valladolid y Santander, que ya conocen nuestros lectores, con colores sombríos pues debiera ardientemente perder á Larrea, para lo cual exageraba cada detalle y cada pequeño episodio, a pesar de que el bandido era un tipo que no necesitaba exageracion; ella corroboró los robos de Dupuy y de Gundin que no necesitaban mas corroboracion que los papeles dejados por el banquero Larrea, y se alejó despues de recomendar con vehemencia la captura de su marido, en la que se debia desplegar gran actividad para impedir toda burla, y dejando su domicilio anotado, pues si la Policia no daba con Larrea, ella ayudaria en la pesquisa.

Una vez en el Caballo Blanco, esta mujer sintió desplomar todo su valor, habia sufrido horriblemente, acababa de renunciar á su marido, entregándolo á la accion de la autoridad, y empezaba á dejarse ganar por el dolor.

Allí en su pieza sola se entregó por completo á su desesperacion dolorosa: de qué le habia servido amenazar á Larrea y retirarlo del contacto de la nueva familia á que habia entrado á formar parte?

Todo esto le habia servido solamente para acercarse á él, alimentando una esperanza, su última esperanza, sobre el corazon de su marido para perderla, perdiéndolo á él sin remedio, pues solo volveria á verlo detrás de las rejas de una cárcel.

¿Que habia sido entre tanto de Larrea?

Habia salido de la curia sin rumbo, con la cabeza ofuscada, como un loco furioso, y habia tomado la direccion del bajo.

Sabia que al abandonar la curia de aquella manera, habia atraido sobre sí toda la furia de su mujer, que, dotada de una resolucion de ánimo superior á la suya misma, no se detendria ahora ni ante la misma muerte ofrecida por él.

Larrea se metió en un portal de la calle Rivadavia frente á la plaza 25 de Mayo, é hizo converjer todos los rayos de su mirada, espantosa en aquel momento, á la puerta de la curia, por donde habia de salir su mujer. Desde allí la pudo ver salir, tomar la direccion de la Policia y franquear su puerta, seguída siempre de aquel hombre que la habia acompañado desde Valladolid, y á quien sentia entonces no haber muerto la primera vez que lo vió.

Al desaparecer su mujer por la puerta de la Policia, Larrea se tomó la cabeza con ambas manos como si hubiese temido fuera á reventársele y siguió por la calle de Defensa hasta la esquina de Víctoria, donde subió al tramway que vá á la Boca. Su situacion era ya insostenible y necesitaba combinar el nuevo

plan que debia adoptar para no estrellarse contra la fatalidad que le salia al camino, con la misma eficacia que él considerara ineludible.

Larrea se bajó en la Boca y se fué á casa de unos amigos y compañeros de oficio donde podia estar con seguridad, mientras su inteligencia se aclaraba y lo hacia dueño de la situacion—allí permaneció hasta el dia siguiente en que salió despues de haber adoptado una resolucion que debia salvarlo ó concluirlo de perder.

Salió de casa de los amigos de la Boca, y se vino á la ciudad, á casa de otros conocidos, donde pasó la noche dando su última mano al plan que habia adoptado, para matar en su mujer toda idea de venganza.

Al dia siguiente Larrea se fué al Caballo Blanco, donde halló á su mujer que no demostró al verlo ningun asombro.

—Sabia que volverias, dijo esta con la mayor naturalidad, y te esperaba. ¿Que es lo qué quieres?

—Quiero que nos vamos de aquí, replicó friámente Larrea; haré todo lo que tu quieras, me he resuelto á todo menos á perderte; estoy convencido de que el único amor que se abriga para mí sobre la tierra es el de tu corazon, y es recien anoche que lo he apreciado en su justo valor.—Vámonos de Buenos Aires.

—Ahora es imposible, respondió la castellana, yo misma estoy vigilada por la policia á quien te delaté el mismo dia que saliste de la Curia renegando de mí, de mí que tanto te amaba, de mí que te consagré mi vida hasta el estremo de hacerme cómplice de tus crímenes, puesto que los callaba, y en cambio de tanto amor y tanto sacrificio, solo te pedia tu cariño que me has retirado delante de una muñeca que no serviria ni para que jugara un hijo mio. Mátame Larrea, mátame, concluyó aquella mujer sobrenatural, mátame porque esta es la única manera de que te libres de mí, mátame porque yo he de entregarte á la autoridad, lo he jurado por la memoria de mi madre, y lo cumpliré si no me matas—y al mismo tiempo que así hablaba, la castellana lloraba y Larrea, al oirla, temblaba todo.

La voz de aquella mujer despertaba en él un mundo de recuerdos: y sentia su corazon avasallarse ante aquellas pupilas negras que lo miraban con un cariño arrobador. Ante este cariño que se podia ver en la conmocion de que era presa su mujer, era inútil recurrir á la amenaza. Larrea lo comprendió así, sus lábios temblaron, una lágrima se vió lucir en cada uno de sus ojos, y se levantó sereno, como quien se entrega por completo á la fatalidad inevitable de la suerte: envolvió á su mujer, á su hermosa mujer que lo empujaba al abismo, en una mirada suprema, y salió pel Caballo Blanco, diciendo estas palabras como una especie de lamento tristísimo:

—Está bien, piérdeme: contra tí no tengo defensa posible—estoy dispuesto á correr mi suerte, la suerte que tu me has deparado, y te juro no moverme de Buenos Aires.

—¿Dónde vas?

—Voy á la panaderia á despedirme de aquella gente, dijo saliendo, pues sé que por esta misma respuesta tú me harás prender sin pérdida de tiempo.

Larrea salió y la castellana cayó desplomada sobre la silla, rompiendo á llorar con toda la desesperacion de que puede ser susceptible un espíritu humano.

De pronto recordó las últimas palabras de Larrea—sus lágrimas se secaron en el volcan de sus mejillas, se levantó como movida por un resorte, y echándose sobre los hombros una mantilla de chapa, se dirijió á la Policia con paso nervioso y precipitado.

Iba á indicar el paraje donde Larrea podia ser preso.

La hora de la espiacion sonaba pues para el bandido.

Larrea habia vuelto á casa del panadero, tranquilo y resignado, pero con una resignacion que parecia mas bien la de un condenado á muerte, entrando sin vacilar al cuarto de Amalia.

Allí confesó todos sus delitos, diciendo que el fin de su vida se acercaba

aceleradamente, que él no pondria ni un átomo de su voluntad para sacar el cuerpo á la Policia, que sin duda á esas horas venia ya en su busca, y que antes de ser prendido lo único que deseaba era obtener el perdon de Amalia, por la desgracia á que su ambicion lo había sumido.

Amalia silenciosa y absorta escuchaba las palabras del bandido, con una especie de terror nunca visto—el padre de Amalia no habia desplegado sus lábios, estaba dominado por su yerno, y temia despertar, con una sola palabra, la cólera formidable de Larrea.

Este pidió de nuevo á Amalia le perdonase, pues no tardaria en ser preso, y esta vez iba á serlo sin remedio, pues estaba dispuesto á entregarse, en prueba de lo cual sacó de su bolsillo su inseparable sevillana que puso sobre el mostrador mirando su hoja aguda y cortante con un infinito cariño: en seguida se sacó la levita y viendo que su mujer no le contestaba nada, salió á la puerta en mangas de camisa y se paró en la actitud de un tranquilo panadero que toma el fresco. Allí esperaba ser reducido á prision, con la mayor tranquilidad de este mundo.

¿Qué pasaba por el alma del bandido que así renunciaba á la libertad por la que tanto se habia espuesto y sufrido? Es que por medio de la prision queria librarse de la castellana que regresaria á Europa una vez preso él, contando con escaparse, ó es que astiado de la vida, sin fuerzas para luchar se entregaba á la ola del destino con una especie de resignacion estúpida y agena á aquel espíritu tan formidablemente templado?

Rara resolucion en aquel hombre cuya admirable sagacidad lo habia puesto siempre fuera del alcance de la Policia. Su muger, entre tanto, aquella terrible muger que así lo entregaba, estaba en la Policia indicando donde podria ser preso. La autoridad habia tomado sus medidas, y de la Policía habia salido el comisario Rosende, acompañado de dos agentes, con el encargo de prender á Larrea y traerlo á la Policia.

Rosende sabia qué clase de niño iba á prender y sabia que éste opondria toda la resistencia posible, pero con aquel valor frio y sereno que nunca abandona al buen agente de Policia, se trasladó á casa de Larrea, resuelto á reducir á prision al bandido, en cuyo buen resultado estaba interesado su amor propio de hombre y su espíritu de agente policial.

Cuando Rosende divisó la puerta de la panaderia, vió parado en el dintel á aquel hombre en mangas de camisa indiferente á todo lo que sucedia á su alrededor, y sospechando pudiera ser aquel el hombre á quien venia á buscar, se hizo el distraido dirigiéndose rectamente á la panaderia.

Así como Rosende habia presentido á Larrea, este presintió al agente de seguridad, y se sonrió como con orgullo al ver las precauciones con que se le venian encima, pues en ellas adivinó el temor que aun se le tenia.

Rosende entró á la panaderia, cortando á Larrea toda retirada, y parándose á su espalda le preguntó:

—¿Es usted Antonio Larrea?

—Yo soy Antonio Larrea, replicó el bandido con fiereza, midiendo al agente con una mirada insolente.

El comisario Rosende sacó entonces la orden de que iba provisto, y enseñándola á Larrea, le intimó se entregara preso.

Algo terrible é imposible de describir, pasó por los azules ojos del bandido, al encontrarse frente al comisario habia sentido debilitarse su resolucion de dejarse prender, y habia asomado á ellos, como un relámpago, la espresion de una amenaza. Sin embargo, dominó aquel primer ímpetu, y como quien hace un supremo esfuerzo, dijo: Me entrego preso, pero permítame usted que vaya á ponerme la levita, en otra situacion yo habria partido á usted en canal (era su espresion favorita) y hoy me entrego porque sí, y voy á ponerme un saco.

Rosende creyó que aquel era un pretesto del bandido para escaparse y se negó á la pretension, intimándole lo siguiese inmediatamente.

Otro relámpago de suprema y altiva insolencia asomó á los ojos del bandido pero lo dominó de nuevo y sonriendo con una especie de compasion, bajó del escalon diciendo: Cuando usted guste.

Rosende lo tomó del brazo- aquella resignacion no le inspiraba un átomo de

confianza, y apreciando en lo que valia la importancia de esta captura, temia que el bandido, cuya sagacidad conocia, se le escapase cuando mas seguro él lo creía; así es que sin soltarle el brazo un momento y sin dejar de envolverlo en su mirada inteligente, Rosende entró á la Policia acompañando al bandido formidable, de cuya prision se dudaba á pesar de tenerlo allí, en el mismo patio del Departamento.

Larrea fué introducido al despacho del Gefe, donde estaba su mujer esperando el resultado.

Allí estaba por fin Larrea, el terrible Larrea, sin sevillana, sin ánimo y completamente á merced de la justicia, que iba á instruir el largo sumario que van conociendo nuestros lectores.

La castellana se levantó gimiendo, llevó el pañuelo á los ojos y sin decir una palabra salió del despacho del gefe y de la Policia, tomando el camino del Caballo Blanco.

Larrea fué levantando poco á poco la cabeza, fijó su mirada en el semblante del Gefe de la Policía y le dirigió la palabra con una amargura suprema.

—Estoy por fin aquí porque lo he querido—á no ser mi voluntad, vivo no me me hubieran visto aquí la cara—ya estoy pués bajo el poder de la Policia—pido que se me traslade al paraje que he de habitar, porque necesito engañar la fatiga del cuerpo y del espíritu con algun reposo.—Despues estaré dispuesto y apto á sufrir cualquier interrogatorio que se me quiera hacer.

Larrea fué llevado á una pieza donde debia permanecer incomunicado, mientras se le instruia un fabuloso sumario y se hacia comparecer á las víctimas de sus robos, con quienes se les debia carear.

Aquí aparecieron nuevos robos que se ignoraban y que verá el lector en el transcurso de esta narracion, cuyas víctimas habian sido el corredor Lawson, persona muy conocida en nuestro comercio, y un barraquero de Montevideo, robo que relató el comisario oriental que lo vino á reclamar una vez que en Montevideo se supo haber sido preso aquí el famoso Antonio Larrea.

Principiemos por aquel, que es asombrosamente curioso y que dá una plena medida de la inteligencia y decision de que estaba dotado Larrea.

Este barraquero habia realizado un gran negocio de cueros, cuyo importe habio cobrado, dirigiéndose con él á su casa en un carruage de su propiedad.

Al entrar, Alzaga, que así se llamaba el barraquero, dijo al cochero lo esperara porque tenia algo que decirle, y pidiendo á la sirvienta una taza de té, entró á su escritorio á guardar el dinero en una caja de fierro.

Pocos momentos despues entró un caballero rubio y de distinguido aspecto, que preguntó por Alzaga y fué introducido al escritorio donde aquel se ocupaba en organizar su dinero.—Un momento y soy con usted, dijo al jóven, prosiguiendo en su tarea que ya iba á concluir.

Con una rapidez sobrehumana y una fuerza de musculatura asombrosa, el jóven rubio, que no era otro que Larrea, se lanzó sobre Alzaga y antes que este, sorprendido, pudiera dar una voz ó hacer un movimiento, Larrea lo habia ligado por completo, y le habia puesto una mordaza hecha de dos pañuelos que llevaba, hábilmente construida.

En esos momentos entraba la sirvienta con la taza de té que habia pedido el patron, y á quien Larrea recibió tomándole con una mano la taza que colocó sobre el escritorio y con la otra apoyándole una pistola en la frente, diciéndole:

—Si hablas una palabra te hago volar los sesos.

La sirvienta quedó muda por el espanto y la sorpresa. Larrea la hizo sentar en una silla, donde la ató y la amordazó, tomó en seguida la taza de té que empezó á beber á pequeños sorbos, salió al patio despues de cerrar la puerta del escritorio, y llamó al cochero.

—El patron, le dijo, me encarga te despache, porque ha resuelto andar á ca-

ballo desde mañana; cuánto se te debe? El cochero, viendo la tranquilidad de aquel hombre que tomaba té, no sospechó nada y dijo se le debian nueve pesos nacionales. Larrea le dió á tener la taza, le pagó los nueve pesos, y lo despachó diciéndole que podia llevar el carruaje á la cocheria y volver á dormir allí esa noche, hasta que encontrase acomodo.

Una vez que se fué el cochero, Larrea llamó á la cocinera, á quien pagó lo que se le debia, diciéndole que el patron habia resuelto comer en el hotel, y que por consiguiente no la necesitaba mas. Despachó así á la cocinera, y siguió al escritorio como dueño de la casa, haciendo alarde de una presencia de ánimo asombrosa, segun el patron y la sirvienta que fueron desatados mas tarde.

Allí Larrea se apoderó de todo el dinero que habia llevado el barraquero, eligiendo con proligidad y detension las monedas, dejando en el escritorio aquellas que, por lo especiales, pudieran dejar alguna sospecha de su rastro al ser cambiadas.

Larrea salió de la casa despues de repartir bienlas monedas en sus diferentes bolsillos, y se embarcó abordo del «Júpiter» que venia á Buenos Aires.

Esa noche, cuando el cochero regresó á casa de su patron, recien se pudo descubrir el robo y poner en libertad á los atados, quienes declararon lo que acabamos de narrar.

Veamos ahora el robo cometido al corredor Lawson.

El robo efectuado en casa del señor Lawson, calle de la Defensa, fué hecho de la manera siguiente:

Cuando Larrea se presentó en casa de Lawson, este caballero se hallaba en su quinta de Belgrano, cosa que sabia Larrea de antemano, como asi mismo que aquel dia Lawson habia dejado en su casa, en una caja que tenia en el escritorio, una cantidad fuerte de dinero y letras de cambio.

Cuando Larrea se presentó allí, fué recibido por dos sirvientes que le dijeron estar Lawson en Belgrano, de donde no debia regresar hasta el dia siguiente, á la hora de los quehaceres en la Bolsa.

Larrea se mostró sumamente contrariado y pidió permiso para entrar al escritorio á dejarle un papel, pues no podia venir al dia siguiente y el asunto que allí lo traia era sumamente interesante tanto para uno como para otro.

Al ver el aspecto sumamente distinguido de Larrea y su rostro franco y seductor, la sirviente le franqueó inmediatamente la puerta, haciéndolo pasar al escritorio, donde se puso á escribir el papel que debia dejar á Lawson.

—Diablo de hombre, decia mientras escribia, qué manera de tratar á sus mas íntimos amigos—ya me las pagarás, diablo—y seguia sonriendo á medida que escribia, siendo contemplado con grande encanto por la sirvienta, que estaba seducida por el tono jovial y amable con que hablaba y escribia.

—Yo tengo sed, mucha sed, dijo de repente, dirigiéndose á la muchacha, traeme algo de beber, pero oye, que sea lo mejor que tenga este diablo de Lawson que asi cita á los amigos y se manda mudar á Belgrano.

La muchacha dijo que con mucho gusto complaceria al señor, pero que el patron se habia llevado las llaves de los aparadores y que no tenia nada con que obsequiarlo, creyendo que ni las copas habian quedado fuera del armario.

Con la mayor naturalidad y con una zalamería que concluyó de captarse la buena voluntad de la sirviente, el bandido sacó una cartera, de ella cien pesos y los dió á la muchacha diciéndole: Toma y compra una botella de vino Jerez, porque francamente tengo una sed de todos los diablos.

La muchacha tomó el dinero y se largó á la calle prometiéndose estar de vuelta en un periquete, pero no anduvo tan lista que no dejara al bandido el tiempo que necesitara, y que habia conseguido con tanta habilidad.

Cuando Larrea quedó solo, una siniestra alegría iluminó su semblante, respiró con gran fuerza y reposó una cariñosa mirada sobre la caja de fierro: sacó del bolsillo dos instrumentos de acero y con una rapidez prodigiosa y una habilidad de prestidigitador, abrió la caja de fierro dejándola mas limpia que las arcas del gobierno riojano.

Cuando la sirviente estuvo de regreso con el vino, encontró á Larrea sentado aun delante del escritorio y fumando un cigarrillo de papel: la miró picarescamente y le dijo con la mayor naturalidad: Es tal la enorme sed que tengo, que se me figuró que habias tardado una eternidad; dame un trago, hijita.

La muchacha quiso ir en busca de un vaso, pero Larrea le tomó la botella, y llevándosela á la boca, le dijo: Así no mas está bueno. Dale á tu patron ese billete que le dejo y guarda ese vuelto para tí, dijo alejándose precipitadamente.

La sirviente salió á la calle á mirar cómo se alejaba aquel hombre original, que con tanto desprendimiento daba cincuenta pesos de propina y hablaba tan campechanamente: solo cuando lo hubo perdido de vista entró, prometiéndose el placer de una comida con el resto de aquel Jerez que parecia esquisito.

La curiosidad de saber el nombre del sujeto, la llevó al escritorio á mirar la firma del papel que habia dejado para su patron, encontrando este: «El banquero Antonio Larrea». La muchacha pasó la vista al contenido del billete, que era el siguiente:

«No tenga usted cuidado por su dinero, amigo Lawson, hoy he estado á verlo y he tomado su fortuna bajo mi eficaz proteccion—si algo necesita, gire contra su amigo y protector, el banquero Antonio Larrea.»

La muchacha se esplicó entonces la generosidad de aquel hombre—era un banquero—y guardó el billete que dió á su patron á las siete de la mañana siguiente:

Cuando Lawson hubo leido la esquela y se hizo relatar por la sirviente la escena del dia anterior, no le cupo duda alguna de que habia sido robado, duda que se convirtió en fatal certeza cuando abrió la caja de fierro: de allí faltaba una gruesa suma de dinero y una séria cantidad en letras al portador.

Inmediatamente salió á la calle para tomar sus medidas á fin de que las letras no fueran pagadas, y se apersonó á la policía, llevando el billete que le dejara Larrea, para que la autoridad procediese contra el ladron.

A eso de las 12 del dia, Lawson recibió por el Correo, una comunicacion que no dejaba de tener para él un gran interés—era una carta del mismo Larrea, en que le devolvia las letras de cambio y pagarés, con las siguientes chuscas palabras:

«Te adjunto esas letras y te hago séria merced de sus valores, porque yo no puedo irlas á cobrar sin comprometer mi seguridad personal, haciéndole el gusto á la imbécil de la Policia, que está empeñada en reducirme á prision, sin querer comprender que yo no he nacido para presidiario sinó para eclipsar la fama de Montecristo. Sé pues feliz con esta suma y adios.—Larrea.»

La Policía, una vez que tuvo á Larrea entre sus manos, citó á todas las víctimas de las raterias de este largo y finísimo bergante, ocurriendo al llamado todas ellas, menos el desgraciado señor Dupuy, que habia muerto de pena el año anterior, pues el robo de alhajas que le hizo Larrea fué tal, que lo dejó sumido en la mayor miseria y descrédito con sus comitentes que tal vez se negarian á creer en que hubiese sido víctima de un robo tan hábilmente ejecutado y tan felizmente concluido.

Allí estaban el zapatero Muñiz, Juanita, la sirviente de Lawson y todas sus víctimas, en fin, con que debia ser careado, pues aún pretendia sostener su papel de hombre honrado.

Amalia y su padre, como la castellana, habian sido tambien citados para concurrir al interrogatorio del reo, que debia ser curiosísimo, por la audacia del procesado, que estaba completamente dueño de sí, y que desafiaba á que le probaran sus delitos, reconociéndose culpable solo en sus casamientos, que dijo no eran dos, como se suponia, sinó tres, y que habieran llegado á veinte.

Su primer careo fué con el zapatero Muñiz, que lo afrontó por estar rodeado de agentes de Policía, pues no podia dominar el miedo que le inspirapa aquel hombre estraordinario.

Al ver Larrea que Muñiz titubeaba y que no se atrevia á hablar con entera franqueza, desplomó sobre él una mirada de burla, diciéndole con el mayor sarcasmo: Habla, no seas tonto, no me tengas miedo, porque ya me han acogotado y me han despojado de mi sevillana. De todos modos, otros han de *cantar* y me han de embromar, con que habla sin recelo y tan amigos como antes, que no por eso hemos de dejar de ser los mismos.

Muñiz, aunque no las tenia todas consigo, se repuso, y el interrogatorio principió.

Muñiz relató todo lo que á su respecto conocen nuestros lectores—cómo habia sido víctima del bandido facilitándole varias veces dinero que nunca le habia devuelto, y cómo aquel lo habia robado cuando se negó á darle mas dinero.

Se preguntó á Muñiz cómo habia callado tanto tiempo las iniquidades de aquel bribon y Muñiz confesó francamente que tenia gran miedo que el bandido se vengara *abriéndolo en canal* como él decia, y que como sabia que una vez cortó la lengua á un desgraciado que lo delató y que no duraba mucho en ningun presidio, habia resuelto comprar su existencia callándose la boca, para no provocar la venganza de Larrea, que siempre era terrible y segura.

Mientras Muñiz hablaba, Larrea lo miraba sonriente, como gozoso del temor que inspiraba y satisfecho del miedo que confesaba aquel desgraciado, convencido de que hablaba atemorizado por el poder policial.

—Tú mientes, dijo Larrea á su acusador, hablas porque tienes lengua y porque yo no puedo ahora cortártela; tú me has prestado dinero con fina voluntad y comedimiento, haciéndome asi diferentes servicios que yo te agradeceria si no fueras tan roñoso para decir lo que has dicho—yo no te he robado jamás porque nunca me he ensuciado las manos en miserables jornaleros cuyo gran capital es la asombrosa suma de cinco pesos papel y cuatro pares de malísimas botas.

Y era asombroso el aplomo con que hablaba aquel cínico criminal:—mas que asistiendo á su propio interrogatorio, parecía que el bandido tomaba parte en una conversacion estuviese agena su persona y su propia seguridad.

—Pobre pelagatos, concluyó Larrea, no seas infeliz y otra vez inventa mejor tus patrañas para que sean mas verosímiles.

Tocó su turno á Juanita, la sirviente del Dr. Gundin, cuya credulidad había esplotado con palabra de casamiento.

Juanita se puso delante del bandido preguntándole si la conocía y se acordaba de las noches que había pasado engañándola.

—Ya lo creo que me acuerdo, replicó Larrea; tengo una memoria especial para recordar la cara de todas las queridas que tuve.

Juanita relató el robo cometido al Dr. Gundin con todos sus curiosos incidentes que Larrea escuchó sereno, acogiendo con grandes risas la última parte del relato que se refería á la compra de las famosas tabletas mientras el *pegaba su golpe.*

El agente que presidía el interrogatorio, preguntó á Larrea si era verdad lo que narraba Juanita y si se reconocía autor de aquel robo, pero el bandido miró á los que le rodeaban con un profundo desden, y dirigiéndose al agente le dijo sencillamente:

—Estraño mucho que la Policía se valga de medios tan estúpidos para perder un hombre, dando crédito á las palabras groseras de un remendon y á las habladurías de una mujer prostituida que quiere vengarse de mi abandono. Esta mujer, concluyó, es una de las tantas queridas que he tenido, que quiere vengarse de la debilidad de mi corazon, que no ha podido nunca conservar apego por mas de tres meses á la misma mujer—rechazo en un todo las inculpaciones de esta mujerzuela como he rechazado las tonterias de ese remienda botas—y Larrea negaba todas las acusaciones, segun lo ha manifestado despues, no por demorar su inevitable sumario, sinó para darse el placer de entretener á la Policía y hacer trabajar mucho á los escribientes que entendiesen en la formacion de su causa.

Larrea fué reconocido en seguida por todas las demás personas á quienes se habia acercado para cometer algunos de sus robos.

El vigilante á quien recomendó cuidara la casa despues de cometido el robo que causó la muerte al señor Dupuy, la sirviente de Lawson, su suegro el panadero, y Amalia—quienes relataron á su turno la manera como habían conocido al bandido.

Larrea negó todo y dijo que aquellas personas eran gente pagada por algun enemigo que deseaba perderlo.

Larrea apareció complicado y director de un robo que se cometió por medio de una sirviente en casa del doctor Rawson, sirviente que había colocado allí espresamente Larrea para llevarlo á buen remate, y de otro robo que se cometió con una modista de la calle Suipacha, siendo comisario de aquella seccion don Raymundo Arana, y que el célebre ladron cometió de la manera siguiente:

A las doce del dia se presentó en casa de la modista muy emperifollada y llena de joyas, la mujer de Fonda, sócio de Larrea, de cuya mujer se servía este para ciertos tiros de efecto y de gran provecho sobretodo.

En la tienda de la modista había un gran cantidad de géneros ricos y piezas de terciopelo, que Larrea queria poseer.

La mujer de Fonda se mandó hacer un rico vestido de terciopelo, y siendo necesario tomarle la medida, la modista la hizo pasar á una pieza inmediata, donde se entretuvo con ella apenas unos diez minutos, tiempo que bastó á Larrea para apoderarse de todo lo que en la tienda había, y ponerse en salvo.

Cuando la modista y la lujosa marchanta volvieron á la tienda, solo encontraron en ella unos cuantos sombreros y unos cuantos géneros que había dejado Larrea por inservibles:—la buena mujer se puso á llorar de pura desesperacion, mientras la marchanta se alejaba precipitadamente de la casa, diciendo: Jesús Dios mio! el peligro que he corrido!

La Policía dió entónces con los géneros en una tienda que los compró inocentemente, pero no pudo dar con Larrea, que jamás se había puesto á tiro de la Policía, ni en condiciones de ser preso.

Don Francisco Wright, comisario entónces de la Seccion 1ª, y uno de los agentes mas activos y de mayor inteligencia que haya tenido nuestra Policía, hizo mucho tiempo la caza de Larrea, infructuosamente, logrando verlo una sola vez que cayó un una ratonera de estos famosos bandidos, logrando salvar el pellejo gracias á su sangre fría habitual que nunca lo abandonó.

Wright sabía que el punto de reunion de Larrea y compañía, era una peluquería que creemos existe aun, en la esquina de Maipú y Corrientes: esta peluquería, además de la doble entrada de la esquina, tenía una puertita que daba á la calle de Maipú, puertita que daba entrada al aposento marital del peluquero, aposento que estaba dividido del salon por un tabique de puerta vidriera, desde donde el comisario podía observar lo que allí pasara sin ser visto.

En combinacion con el peluquero. Wright entró una noche por la puerta falsa de la calle de Máipú, y acompañado de una pistolita de dos cañones que solía usar, se colocó en su acechadero, con la esperanza de que pudiera ir Larrea, y reducirlo á prision con toda seguridad.

Fué entónces que Wright corrió un sério peligro, pues casi fué víctima de aquella gavilla, cuyo capitan era Larrea, que la empleaba en otro género de robos, que conocerá el lector cuando contemos la historia del famoso Fonda.

Wright había ido á armar lo que en lenguaje policial se llama una ratonera, y sin saberlo, había caído en una tan bien armada, que estuvo á dos dedos de ser *abierto en canal*, que, como se sabe, era la espresion favorita de Larrea.

El comisario Wright entró á la peluquería por la puerta falsa de la calle de Maipú, y se puso en observacion del salon, dividido como se sabe, por el biombo del dormitorio del peluquero, donde solo habia la cama, un sofá, varias sillas y algunas ropas de mujer colgadas de una percha clavada en la pared.

Desde allí podia observar el salon á su gusto y echar mano al cuello de Larrea, así que este se presentase, cosa inevitable, pues segun dijo el peluquero al sagáz agente, allí iba todas las noches Larrea, acompañado á veces de otros amigos.

Unos cinco minutos hacia que Wright estaba en su acechadero, cuando entraron al salon dos individuos de gran talla, jóvenes y que debian ser catalanes, segun el acento que saludaron al peluquero; preguntándole si todavia no habia venido Don Miguel.

A una señal imperceptible para los catalanes, que hizo el peluquero al agente, comprendió éste que se trataba de los compañeros del bandido y que aquel Don Miguel, porqué habian preguntado no era otro que el individuo á quien esperaba.

El comisario Wright comprendió que su golpe fallaba, pues en vez de uno tendria que hacer con varios Larrea y observó la imprudencia que habia cometido yendo solo á aquella pesca, que iba á ser difícil y casi imposible: pero era tarde para retroceder.

El menor ruido, la menor señal, podia despertar una sospecha en los bandidos, que haria fracasar su golpe, comprometiendo seriamente la vida del buen peluquero que no las tenia todas consigo, pues harto conocia la fina sagacidad de Larrea.

Los catalanes vestian como cualquiera, salvo una faja que estaba envuelta á en sus cinturas, de entre cuyos pliegues asomaba el arqueado mango de esas navajas sevillanas, armas peculiares del bandido español.

Al cuarto de hora de estar allí los catalanes, entró Larrea, seguido de Fonda y de dos individuos mas de igual pelage á los que habian entrado primero.

Wright comprendió que habia errado el golpe y que tendria que permanecer allí sin hacer el menor movimiento, para no descubrir la ratonera que podía ser utilizable la noche siguiente, en que concurriria preparado á todo evento.

Los sagaces bandidos, tal vez sospecharon algo por palidéz lívida que cubria el semblante del peluquero que temia una tragedia de sangre en su casa, si los ladrones descubrian la presencia del agente policial. Se miraron entre sí, y los dos primeros que habian entrado, dijeron que iban à pasar adentro del patiecito de que disponia el peluquero, á una necesidad, abriendo la puertita del tabique que comunicaba al dormitorio.

Cuando los bandidos pusieron la mano en la perilla del picaporte, el peluquero presintió la desgracia y se conmovió, dominándose en seguida, en la esperanza que elcomisario Wright hubiera salido sigilosamente y ganado la calle en busca de proteccion.

Wright, por su parte, al ver que los bandidos se dirigian al dormitorio, previó lo que iba á suceder si era visto, y montándo la pistola de dos cañones que habia llevado, se deslizó por la pared, colocándose bajo las ropas de muger colgadas en la percha.

Los dos bandidos entraron á la pieza, encendieron un fósforo y pasaron al patio, por el lado del inmóvil Wright, á quien no vieron, encandilados con la luz de los fósforos ó preocupados por alguna idea que los llevaba al patiecito.

Los bandinos pasaron al patio, dejándolo en una situacion mas tirante aún que al principio, si salia al patio á buscar la puerta falsa que daba á la calle de Maipú seria acometido por los del patio, y si salia por el salon, seria acometido por Larrea y sus otros compañeros. Podia salvarse perfectamente atropellando el salon, pero perdia la oportunidad de poder ponerse en acecho nuevamente y con mejores resultados: resolvió pues quedar allí, corriendo el riesgo de ser sorprenpido, pero prefirió al riesgo que corria el buen éxito de una aventura policial, que daba por resultado la prision del famoso Larrea.

Los catalanes regresaron del patio y entraron al salon sin haber visto al agente, hablaron entre ellos algunas palabras en catalan, saliendo de la peluqueria en seguida, y tomando la direccion de la calle de Maipú.

Cuando los bandidos salieron á la calle, el peluquero ganó precipitadamente su aposento, tenia sus dudas de que el comisario hubiese sido muerto de un navajazo. dudas que habian crecido al oir á los bandidos hablar en catalan y salir á la calle.

Cuando vió que Wright estaba vivo, un peso enorme se levantó del espíritu, respirando recien con franqueza.

Wright ganó tambien la calle por la puerta falsa, pero no vió lo que buscaba, los bandidos habian desaparecido, preguntó al vigilante que daba vuelta la manzana, pero este no habia reparado en los prójimos porque se les preguntaba.

Así perdió esa noche su tiro el Comisario Wright, sin poder echar de nuevo la vista encima de Larrea, que no volvió á aparecer por la peluquería citada, con gran jabon del peluquero, que temia una venganza de Larrea, si llegaba á sospechar que habia tratado de entregarlo, revelando á la Policía que él concurria allí.

Entre tanto los interrogatorios del preso seguian con actividad, los careos se sucedian unos despues de otro y el sumario iba y tomando unas dimensiones colosales: de Montevideo y del Janeiro habian venido agentes de Polícia reclamando al criminal, con largos sumarios de los que hemos estractado los robos que Larrea cometió en aquellas capitales y que hemos narrado yá.

En todos los interrogatorios y en todos los careos, el bandido negó redondamente todas las acusaciones que se le imputaban.

Las sirvientas que declaraban, eran antiguas queridas despechadas, y sus víctima, gentes que se habian vendido á la Policía para perderlo con falsas declaraciones y fábulas de pésima invencion y de todo punto inverosímiles.

A Larrea ofrecieron una prueba y cuerpo de delito que tenia que anonadarlo, haciéndolo abandonar el camino de negarlo todo, que habia adoptado, y este cuerpo de delito, formidable, ineludible, eran las cartas dejadas por él, firmadas de su puño, en cada casa donde habia cometido sus latrocinios.

Al ver aquellas pruebas que lo anonadaban, Larrea no palideció, ni tembló, ni se demudó, como se esperaba, las leyó con toda tranquilidad una por una, y sonriendo al devolverlas dijo: Es verdad, todas estas cartas son mias.

—Luego se reconoce usted culpable en todas las acusaciones que se le hacen?

—Y cómo he de negar mi propia firma? dijo el bandido con un sinismo inaudito, desde que yó lo declaro en esos papeles, debe ser verdad, sinó no hubiera sido tan imbécil para escribirlos, todo eso es cierto y mucho mas aun que no se conoce y que yo lo revelaré en algun rato de buen humor.

La audacia inaudita de Larrea, tenia sorprendidas á todas las personas que presensiaban este curioso interrogatorio, que tomamos fielmente de uno de sus tantos procesos, instruidos en diferentes épocas.

—Y porqué ha negado usted ántes para confesar despues?

—He negado, primero para ver de qué medios se valia la Policía para probar mis delitos, y segundo para que trabajen algo estos escribientitos que se muestran tan entretenidos: algun trabajo ha de valer el conversar con un hombre como yó, haciéndole decir lo que no quiere ó no tiene ganas: si ustedes no me hubieran puesto en el caso de negar mi propia firma, los hubiera entrenido por lo menos un mes mas, ántes de confesar.

—Luego se reconoce autor de todos esos robos y crímenes que han de ser castigados ejemplarmente?

—Me reconozco, puesto que lo he firmado, la única acusacion que rechazo y que rechazaré siempre, es la del crímen cometido en casa del señor Lanús, atentado que aseguro no haber pensado en cometer.

Larrea negó siempre esta acusacion, aun en sus momentos locuaces en que solia narrar sus aventuras con sus mas graciosos y picarezcos detalles.

El interrogatorio mas curioso que se hizo á Larrea, y mas cómico por las audaces respuestas del bandido, fué el que le hizo el provisor de la curia, delante de sus dos mugeres, en la causa que por delito de bigamia le seguia la curia.

Cuando concurrió el provisor á la pieza donde estaba encerrado Larrea, acompañado de Amalia y la castellana, pidió que lo acompañaran agentes de confianza, pues tenia temor de quedarse á solas con el bandido, pensando muy cuerdamente que aquel hombre era muy capaz de apretarle el pescuezo para escaparse vestido con su trage.

Larrea reia alegremente al ver los recelos que abrigaba el reverendo provisor y lo invitaba á pasar adelante, dándoles plenas seguridades de que no iba á atentar contra su vida.

El gefe de policía facilitó al provisor eclesiástico, la custodia que pedia, y

principió el curioso interrogatorio y careo, que estractamos casi al pié de la letra:

—Sois Juan Martin Larrea, natural de Valladolid?

—No solo Juan Martin, sinó Miguel, Antonio y Antonio Miguel, con que me he solido disfrazar á veces.

—Os habeis casado con estas dos mujeres, incurriendo en el criminal delito de bigamia?

—No solo con estas dos, sinó con algunas otras que ustedes no conocen y que yó me guardaré muy bien en delatar.

Y era verdad, pues despues ha figurado en el sumario una tercer mujer de Miguel Larrea.

—¿Qué objeto habeis tenido al hacer esto, desafiando la cólera de Dios y la justicia de los hombres.

—Un objeto que no quiero revelar á vd., primero porque no le importa, segundo, porque no me dá la gana.

—Responded con mas respeto y no agraveis vuestros feos delitos, con insolencias groseras.

—No me pregunte usted lo que no le importa y en paz, yo contesto como se me antoja y no conozco derecho para hacerme responder de otro modo: si no quiere usted oir insolencias, no me pregunte impertinencias.

El provisor se mordió los labios de despecho y Larrea sonrió al ver la ira que empezaba á dominar á aquel hombre.

—Cuál de estas dos mujeres es la vuestra? volvio á preguntar dominándose á penas, á cuál reconoceis por vuestra legítima esposa?

Larrea miró á la castellana de una manera suprema habia un poema en aquella mirada del bandido, que hizo temblar á aquella mujer estraordinaria, y volviendo sus azules ojos al provisor, replicó lleno de soberbia.

—La que usted no le importa, ya le he dicho que ni quiero ni tengo que dar á usted cuenta de los actos de mi vida. Puede usted retirarse y dejarme en paz, que este sermon es muy largo y siento que ya me duele la cabeza.

En vista de esto, el provisor salió seguido de Amalia, la castellana se habia quedado allí, á pedido de Larrea.

Lo que pasó entre aquellos dos seres no se ha podido saber, porque ninguno de ellos lo ha revelado despues, solo se sabe que la castellana salió del cuarto llorosa y conmovida. Larrea quedó con los ojos inyectados de sangre, demostrando que habia llorado mucho y amargamente ¿Qué habia conmovido tan poderosamente el alma del bandido? la idea de que su fin se aproximaba ó el dolor de perder á su mujer? Misterio que ha quedado hoy sepultado en el corazon de la castellana y en la tumba de aquel hombre estraordinario.

Larrea permaneció aquel dia negándose á responder á todo lo que se le preguntó: dijo que estaba fatigado y queria descansar, por lo que pedia no se le incomodara de nuevo.

Al dia siguiente, permaneció sumido en el mismo silencio, negándose á tomar alimento alguno y diciendo le dolia la cabeza de una manera que le impedia coordinar ideas y someterse á un nuevo interrogatorio. La acusacion sobre el crímen en casa del señor Lanús, la rechazó de una manera enérgica. Pidió que se citase para el dia siguiente á su mujer, la castellana, con quién necesitaba hablar de asuntos de familia, referentes al sumario que se le instruia en la curia, por separado.

Se le notificó que al dia siguiente volveria el provisor á tomarle un nuevo interrogatorio, y manifestó que aquello era completamente inútil, pues repugnándole sobre manera aquel asunto, tenia el inquebrantable propósito de responder siempre al provisor con el tono y palabras que habia empleado durante su primer interrogatorio, lo que se comunicó á la curia.

Fué citada entónces la mujer de Larrea, que concurrió al otro dia, tan llorosa como habia salido—traia la fisonomia enfermiza y pálida, y sus ojos abatidos por el llanto y el sufrimiento, estaban surcados por profundas ojéras y sumidos dentro de las órbitas.

Aquella mujer se habia arrepentido tarde de su accion—su amor por Larrea

habia crecido por las contrariedades, y se habia despertado poderoso, irresistible en aquella naturaleza ardiente y voluntariosa.

Comprendia que habia obrado contra ella, obrando contra el bandido y al ver á éste preso y amenazado, habia sentido decaer por completo su espíritu y desfallecer toda la fuerza moral, de que tanto alarde habia hecho al principio.

La castellana fué introducida á la pieza que habitaba Larrea, donde tuvo lugar una escena tierna y tocante—desde que el bandido habia confesado todos sus crímenes, se le habia levantado la incomunicacion y podia hablar libremente, aunque todos sus actos eran vigilados y escuchadas sus palabras por el eterno centinela que le guardaba la puerta, pues no se creia en la conformidad del bandido, sinó por el contrario, que habia de intentar escaparse en la primera oportunidad, temor que hizo registraran á la castellana antes de ser introducida, por si llevaba alguna arma ú objeto peligroso, pues la habian visto desmayar y no seguir adelante en su proyecto de venganza contra su marido.

Apenas se vieron aquellas dos personas, cuya conducta de los últimos dias les habia estrechado mas en su cariño, cayeron uno en brazos del otro, permaneciendo así muchos minutos, en que no se les oyó la menor palabra. Ambos gemian como dominados por el mismo dolor y como si despues de aquel abrazo debieran separarse para siempre.

Larrea se desprendió por fin de los brazos de su mujer y empujándola suavemente hasta la única silla que habia en el cuarto, le dijo: Siéntate y escucha —permaneció así algunos minutos absorbido en la contemplacion de aquella hermosa cabeza agoviada por el dolor; sacudió despues la suya como arrancándose de aquella contemplacion arrobadora, y con un reposo estraño é imponente, la habló así:

—Es necesario que te vayas á Europa de nuevo: ya has cumplido el propósito que te trajo á América y debes regresar para no aumentar mi sufrimiento y para que no te sigan tomando por un instrumento de perdicion mía, arrancándote nuevos datos que agregar á este largo sumario que me anonada y contra el de la Curia que me molesta y me irrita sobremanera. Ya basta, pues, de sufrir.

—Yo no me voy, dijo la castella gimiendo—mi puesto es aquí á tu lado y no puedo desertarlo para que lo ocupe esa mocosa.

—Tu puesto á mi lado no lo puede ocupar nadie, te he demostrado últimamente cuanto te he amado y te amo, puesto que por tí he renunciado voluntariamente á mi libertad—estando tú aquí yo estoy amarrado á una fatalidad invencible que arrolla y avasalla todas mis fuerzas—necesito la libertad de mi espíritu, para proceder con eficacia—yo tengo que huir de aquí, pues sabes que no he nacido para galeote y no lo intentaré mientras tú estés en América—vete á Europa y me habrás dado una prueba séria de tu amor.

—Yo no me voy, replicó llorosa pero altiva la castellana—no me voy porque aun tengo celos y creo que tú me alejas para alejar el único y poderoso estorbo que te separa de esa muñeca; yo quedaré á tu lado hasta que huyamos juntos y no se hable mas.

—Si te irás, dijo amargamente Larrea, te irás porque yo creeré que te quedas para gozarte en tu cruel vengaza, para estorbarme la huida y darte el placer de verme vestir un trage de galeote y verme subir á un banquillo. Te irás porque no querrás esponerte á verme en esa situacion, tal vez maldiciéndote y renegando de tu amor, por el ódio que en mí habrá engendrado tu accion.

La castellana se sintió desmayar; aquellas palabras la habían conmovido de una manera poderosa, y un espíritu que se conmueve no niega nada, y mucho mas al ser que se ama sobre todas las cosas, y aquella mujer amaba al bandido con delirio, lo amaba de una manera poderosa, como aman las mujeres ardientes al hombre que les ha inspirado el primer amor de niña y que ha llegado á ser en ella un ídolo, un culto innato, cuyo encanto no hay accion capaz de hacer borrar.

Ciertas acciones como las de Larrea, llegarán á hacer dormir en el seno de una mujer una pasion de este género, sueño que es mantenido por la vengapza, pero á un ruego del hombre, á una lágrima, al tempblor de su voz suplicante, la pasion despierta mas fresca, mas poderosa, mas incisiva, y el hombre vuelve á ocupar un sitio en el corazon de la mujer, recobrando todo su imperio, todo

su encanto, todo su dominio, porque la mujer no obedece jamás á la razon fría, sinó al impulso de sus sentimientos mas delicados y mas tiernos que en el hombre.

En el hombre la razon es mucho mas fuerte—es la fuerza á que obedecen todos sus actos. En la mujer es siempre el sentimiento el móvil que la impulsa. Hé ahí la razon de esa abnegacion sublime y sin límites que se encuentra en la madre que nos cubre de todo peligro sin mirar para atrás, y que no se encuentra en el severo cariño del padre que nos indica el camino del honor, á pesar del peligro, á pesar de todo.

Lo mismo puede conservarse en los amantes, cuyo amor, al lado del paterno, es un amor en segunda escala.

El hombre abandonará á una amante, cediendo á mil razones, á las reflexiones de padre, al frio y severo razonamiento del amigo íntimo, á cualquier razon poderosa.

La mujer no conocerá razon suficiente á hacerla abandonar su amante ni aun el desprecio que la rodea, porque sus sentimientos son superiores á la razon que guia las acciones del hombre y que no es bastante á obrar sobre las de la mujer.

Larrea habia renacido en el corazon de la castellana, y la habia vencido,—habia conmovido sus sentimientos y se habia apoderado de ella, que si habia resistido á las razones del bandido, no pudo resistir á su lenguaje tierno y apasionado.

La castellana lloró y prometió al bandido que se embarcaria en el primer vapor que saliera para Europa. No tardaré en juntarme contigo, la dijo Larrea—ahora, quiero hablar dos palabras con el hombre que te acompaña.

La castellana se asomó á la puerta, llamó y en seguida se presentó en el cuarto de Larrea el terne que la acompañaba.

Era este un hombre, fuertemente simpático—su fisonomía viril y un tanto cuanto feroz, estaba endulzada por un par de ojos negros y traviesos y adornada por unas tupidas patillas que los españoles llaman de *chuleta*, por sus formas. El aspecto de aquel hombre era picaresco y resuelto. Tenia el hábito de rascarse siempre la patilla izquierda con gran sorna, caricias que prodigaba con mas ó menos frecuencia, segun lo embarazoso de las circunstancias.

Era un mozo criado en la casa del padre de Larrea, célebre organista de Valladolid, y habia venido acompañando á la castellana á quien tenia un profundo cariño, resuelto á evitarla toda desgracia aun á costa del mismo Larrea.

El terne entró á la pieza donde estaba el preso, con su ancho sombrero en la mano é interrogando á la castellana con una mirada inteligente, como diciéndolo ¿qué quieres que haga? ¿por qué me llamas?

—Entra, Balloch, le dijo el bandido, quiero hablar contigo cuatro palabras y hacerte una recomendacion: Tú has venido acompañando á ésta y acompañándola es preciso que regreses á Valladolid: es necesario que la evites todo peligro, pues tal vez la persigan, y la dejes en casa de mi padre sin que el viento haya tocado uno solo de sus cabellos. Mucho cuidado y andando, pues ya sabes que yo saldria de la cárcel y aun de mi tumba, resucitando con el único objeto de abrirte en canal.

Los hijos de Valladolid, como los españoles en general, son sumamente exagerados para hablar, y Larrea no habia perdido esta exageracion de lenguaje, que crecia cuando se hallaba entre paisanos, sabiendo que las palabras exageradas son mejor oidas.

El terne se rascó la patilla y miró socarronamente á la castellana como esperando su palabra, única á que obedecia.

—Es necesario volver á España, por que él lo manda así, dijo la castellana conteniendo sus sollozos á duras penas y comprendiendo la estrañeza de Balloch, se apresuró á añadir: No le abandonamos, dice que es necesaria nuestra ausencia para su evasion.

El terne volvió á rascar su patilla izquierda y sonriendo dejó oir estas palabras, con un pronunciado acento catalan: *Stá ben, andamas.*

Es preciso hacer notar que Larrea hablaba de su evasion delante del centinela que lo miraba asombrado:—ó estaba plenamente seguro de evadirse, ó su razon

habia empezado á flaquear, haciéndolo cometer imprudencias imperdonables y estrañas en un hombre tan sagaz y de una astucia tan poderosa.

—Bueno, concluyó, haciendo un visible esfuerzo—adios y hasta la vista—embárcate mañana mismo; y empujó á la castellana nuevamente que habia quedado inmóvil delante de la silla en que estuvo sentada: miraba á la Larrea á través de sus lágrimas; llegado el momento dejarlo, se sentia sin fuerza para para dar un paso.

El bandido la impulsó hasta la puerta é hizo una seña al terne que rascaba su patilla izquierda y que abandonó su habitual tarea para colocarse al lado de la castellana y ayudarla á salir, tomándola suavemente del brazo y siguiendo el pequeño movimiento de impulsion que le habia dado el bandido.

Como si hubiera necesitado un esfuerzo supremo para arrancarse de aquella situacion fuertísima, la castellana dió vuelta como animada por una fuerza poderosa de impulsion, se abrazó á Larrea, le dió un beso sonoro y ardiente, y embozándose en su mantilla de chapa, y llevándose el pañuelo á los ojos, salió del cuarto y de la Policía sin volver la mirada, activa y firma.

El terne, sin decir una palabra ni dejar de rascar su patilla izquierda, oprimió la mano del bandido con una fuerza de timonel, y salió apresuradamente en seguimiento de la castellana, que habia franqueado ya la gran puerta de la Policía.

Larrea quedó mustio y absorto en sus pensamientos—sentóse sobre su catre, apoyó la frente en la palma de la mano, el codo en la rodilla y permaneció así mas de media hora—cuando entraron las personas que instruian el sumario, para someterlo á un nuevo interrogatorio, el bandido alzó la cabeza y se vieron sus ojos azules cargados por un torrente de lágrimas.

Era la segunda vez y probablemente la última que se veia llorar á aquel hombre estraordinario.

Este dia sufrió el interrogatorio sereno y respondiendo categóricamente á las preguntas que se le hicieron, lo que dió por terminado este sumario, que debiá ser elevado al Juez del Crimen en turno, poniendo al criminal á su disposicion, despues de remitirlo con toda seguridad á la Penitenciaria.

Larrea ingresó á la Penitenciaria como encausado, por cuya razon no debia ser afeitado y pelado, como es de régimen inevitable con los presos ya condenados y que deben vestir el uniforme de la casa, cambiando entonces su nombre por un número adherido á la espalda de la blusa, en los flancos de la especie de polis con que cubren su pelada, y sobre la pierna del pantalon. Si esta situacion hubiera entonces llegado para Larrea, hubiera sido víctima, sin duda alguna, de un fuerte ataque á la cabeza.

Allí en su celda, permaneció una semana, ageno á todo suceso esterior, sin hablar con persona alguna y contestando solo por monosílabos á las preguntas que se le hacian sobre las necesidades mas apremiantes de la vida.

Poco á poco se hizo mas comunicativo, solicitó un ejemplar de su inseparable *Conde de Monte-Cristo* y se volvió muy locuaz y accesible á todo género de preguntas que se le hacian sobre su vida pasada y sobre los presidios de Europa.

He aquí cómo relataba él mismo su fuga del formidable presidio que habitó.

Era la época de la revolucion contra la reina Isabel II; la España ardia en medio de la guerra civil y por todas partes no se oia mas que el ruido de las descargas de fusilería que sembraban las calles de cadáveres.

El pueblo español es un pueblo viril, tal vez el mas viril de la tierra; se bate por costumbre y por conviccion, con un valor heróico y una tenacidad incontrastable: el soldado español siempre es en la guerra el soldado de Lepanto y de Trafalgar, rechazado veinte veces, veinte veces volverá á la carga con el mismo ardor, con el mismo empuje, con el mismo coraje que la primera.

Nosotros heredamos esas condiciones de raza, que vamos perdiendo á medida que la sangre española mezclada á otras sangres, se vá alejando de nuestras venas.

El pueblo español se batia encarnizadamente siguiendo la bandera desplegada por el audaz Prim, y se batia con la eficacia que dió por tierra con la corona de Isabel II, cuyas tropas iban cediendo poco á poco el terreno al pueblo que gritaba entusiasmado y se batia con delirio por que creia batirse por el honor español y por sus derechos escarnecidos.

Ah! si nosotros nos batiéramos hoy así!

En aquellas noches de muerte y de duelo, los presidios se habian resentido algo de la conmocion esterior: decian que Prim habia abierto las puertas de unos, para buscar soldados á su causa, y que habia prometido abrir las de los demás.

Los galeotes estaban enardecidos ante la idea de la libertad y hambrientos por salir á la calle á batirse al lado del pueblo, que era para ellos batirse contra la autoridad, disputándole la libertad que esta les arrancara justa ó injustamente.

Los presidiarios, en estas circunstancias, se baten de una manera feroz y fabulosa, siendo mucho mas temible un grupo de presidiarios mal armados, que un cuerpo de línea disciplinado; y ciertos revolucionarios que saben esto, lo primero que hacen es abrir los presidios.

En el presidio que alojaba á Larrea, se sentia esta fuerte conmocion esterior —se sentian las descargas que se sucedian en la plaza con una frecuencia aterradora, y los soldados que daban la guardia á los presos corrian á las puertas en prevision de un avance del pueblo.

La vigilancia inmediata de los presos habia sido abandonada, pues era mas temible un ataque esterior, que un motin interior, llevado á cabo por gentes sin armas y encadenados por parejas, en su mayor parte.

Larrea en su misma sagacidad había comprendido que era llegado el momento supremo, y en un segundo habia concebido su plan de evasion poniéndose de acuerdo con otro galeote que debia de completar su hábil y feliz idea.

A corta distancia de ellos habia un centinela que prestaba mas atencion á los rumores de afuera que á los movimientos internos.

Larrea se le acercó cautelosamente y le dió en la cabeza un gran golpe que lo dió en tierra harto mal parado. Inmediatamente Larrea lo despojó de su uniforme y fusil que vistió con una presteza increible, y seguido de su compañero, se dirigió al cuerpo de guardia, donde se presentó gritando: ¡Los presos se han amotinado!

La conmocion natural que produjeron aquellas voces entre los soldados, impidió á estos fijarse en otra cosa que en el uniforme del que las daba y todos á una tomaron sus armas y se desparramaron en el interior del presidio.

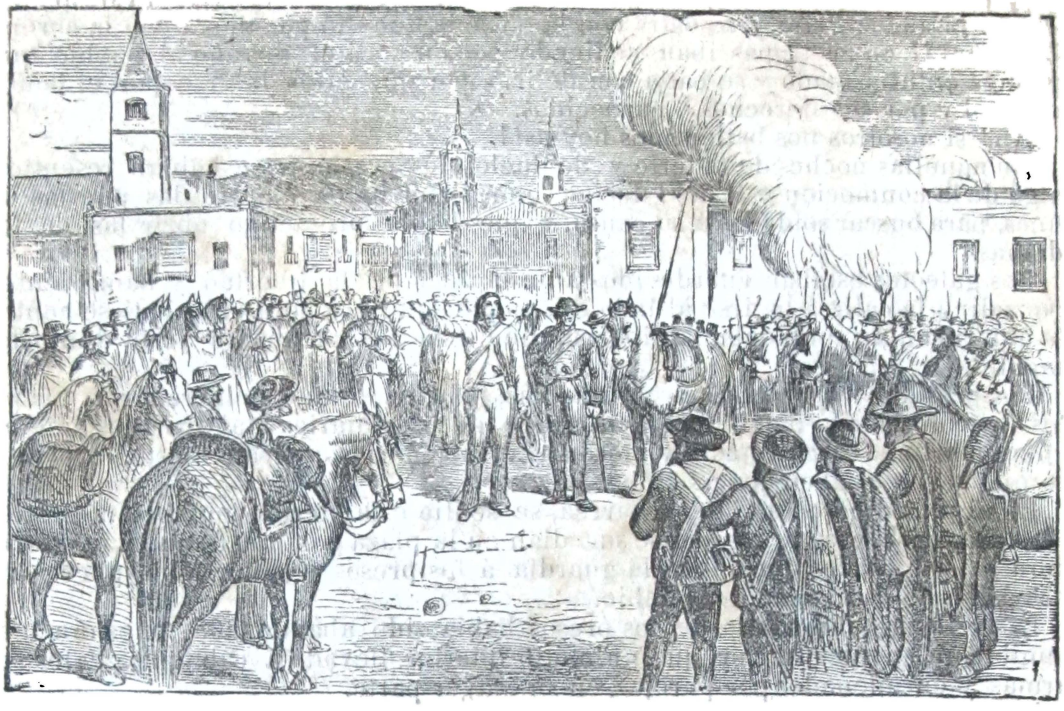
Entonces Larrea, rápido, sin perder un segundo, se dirigió á la puerta de salida, dando gritos análogos á los que habia oido, mientras su compañero gritaba á su lado:

—Viva el hermano del General Prim, que nos ha salvado, viva su hermano el General Prim!

La multitud creyó las voces del forzado, y se apiñó al rededor de aquel hombre de aspecto distinguido, que vestia un uniforme del ejército, aunque estaba sin kepí.

—Vamos á dar libertad á los desgraciados, para aumentar las filas de los bravos, dijo Larrea, entusiasmando cada vez mas á la multitud con su gallardo ademan— el dia que la España combate por la libertad,—no debe haber seres humanos que jiman amarrados á una cadena por la órden inícua de una reina que á estas horas estará ya destronada!

—Viva el general Prim! viva su digno hermano! viva la república española! clamó la multitud, que invadió la plaza como una gran ola humana, y el presidio fué atacado con vigor y una bravura digna de aquel pueblo y de aquella raza.



El combate fué récio y sangriento—las tropas se defendian con la misma bizarria que habian sido atacadas y ya el pueblo empezaba á tirar por detrás de una inmensa barricada de cadáveres.

Por fin aquel tumulto se fué fundiendo poco á poco, aquella muchedumbre, aquella masa de hombres y cadáveres fué tomando un aspecto muy regular, si cabe regularidad en aquella tempestad de muerte y el pueblo dió su última carga, que fué espantosa.—Los soldados fueron arrollados, postrados por la muerte y la fatiga y las puertas del presidio se abrieron para dar paso á un torrente de nuevos combalientes, mas feroces, mas crueles que los primeros, que se desparramaron por las calles con un estruendo horrible y una griteria infernal.

Larrea, vivado bajo el nombre del capitan Prim, seguido de la multitud ávida del combatir y vencer, y reforzado por los galeotes libres, paseó todas las calles, escogiendo con preferencia aquellas donde habia tropas reales, y concluyó por marear al pueblo, haciendo alarde de un valor sereno y de una táctica asombrosa, llevando consigo el triunfo allí donde dirigia sus huestes improvisadas, que se iban engrosando cada vez mas, por el populacho ávido de conocer aquel hermano de Prim, que, segun el dicho popular de entónces, «habia dejado en pañales á su mismo hermano el general.»

Larrea, siempre bajo el prestigioso nombre que se habia dado, recorrió varios pueblos embargando dineros de aristócratas hasta que llegó á la frontera de Portuga, la que pasó diciendo iba á buscar tropas de refresco que lo esperaban.

El pueblo lo contemplaba alejarse saludándolo con sonoros vivas al General Prim y á la Repóblica Española, miéntras Larrea, bien montado, seguia su derrotero, ávido de llegar á Lisboa, donde debia embarcarse para América.

Despues de sérias fatigas y temores que le asaltaban á cada paso, Larrea, llegó á Lisboa donde permaneció dos dias esperando el primer buque que pasase con destino á América, y se embarcó en el *Bourgogne* que lo trajo á Montevideo.

Como se verá el aspecto de este retrato no era el aspecto habitual de Larrea, ni conserva toda su belleza de espresion, que era lo que hacía verdaderamente interesante.

Fué un retrato sacado en la Pinitenciaria, cuando su aspecto habia sido endurecidp por la reclusion, desfigurado por el crecimiento de la barba.

Larrea narraba este y otros episodios de su vida aventurera, describiendo los mas graciosos detalles de sus robos, que habian pasado desapercibidos en sus sumarios; describia ciertas escenas con una gracia infinita, haciendo tomar á su imaginacion un vuelo seductor que demostraba el talento de que estaba dotado, talento que habia sido cultivado con algun esmero.

En una de estas amenas sesiones que el bandido daba á los empleados de la Penitenciaria y personas que entendian en su sumario, Larrea recibió la noticia de que su matrimonio con Amalia habia sido anulado por la Curia Eclesiástica y á pedido de su suegro.

—Adios diablo!—dijo al oir la noticia—he aquí que de buenas á primeras enviudo de mi segunda mujer sin haber muerto la primera y única que tengo ante mi corazon—he aquí un milagro que no sucede á todo el mundo: pobre fabricante de pan!

Al oirlo compadecer así á su suegro, que era el menos dañado en este asunto, preguntaron á Larrea porqué compadecia á su suegro el panadero y no á la desventurada á quien habia robado su porvenir.

Oigamos de que manera curiosa esplicó Larrea aquella compasion tierna que manifestó por *el fabricante de pan*:

—Cuando yo me casé con Amalia, que era una muchachita muy hermosa, no fué tanto por poseerla á ella, como poseer la panaderia de su padre, establecimiento antiguo y de gran crédito, que me propuse esplotar á mi manera.

Me casé pues, con la hija y mediante unos pocos miles que dí al padre, me hice

socio de la panaderia, que empezó á girar con su propio nombre y el simple agregado de *y compañia*:—Como yo era realmente socio de la casa, podia usar la firma social en plaza, uso que empecé á practicar de esta manera:

Compraba grandes cantidades de harina, con pagarés á grandes plazos, que me acordaban por el crédito de la casa—y llevaba á la panaderia de mi suegro, la harina que se necesitaba para el consumo, la que me proporcionaba poder cubrir con su dinero el primer plazo de los pagarés; pero el resto de la harina, que era siempre la cantidad mas fuerte, era depositada por mi en casa de un amigo que la realizaba á un bajo precio y al contado, lo que me permitia hacerme de sérias sumas de dinero contante y sonante.

De esta clase de negocios tan productivos hice muchos, hasta que se le ocurrió á mi mujer venir á América y entónces todo se lo llevó la trampa, incluso a mi mismo, que ya ven ustedes á que punto detestable he llegado.

Dentro de poco deben vencer la mayor parte de los pagarés que con aquella firma social he cambiado por harina; sus tenedores se echarán sobre mi suegro y su panadería, y como los documentos son muchos y por muchos miles, mi pobre suegro vá á quedar fundido sin haber alcanzado á pagarlos todos, á pesar de las buenas economías que tiene de reserva.

He aquí amigos porque he compadecido á mi suegro y no á mi segunda muger.

Y era verdad lo que el bandido decía; los pagarés se vencieron, y el honrado panadero que á pedido de su hija nos hemos comprometido á no nombrar, quedó en la calle, teniendo que sacrificar algunas propiedades que poseía.

Y al concluir su narracion Larrea reía como si se complaciese íntimamente al recordar aquella maldad ruin.

Cuando el doctor Alsina inició los primeros trabajos sobre avance de la línea de fronteras, y dió principio á los trabajos de la gran zanja que debía poner á raya la audacia de los indios, empezaron á enviarse para trabajar en el zanjon muchos condenados á presidio, de los cuales la mayor parte cumplieron el término de su condena, fugándose los que no la habían cumplido.

Cuando Larrea supo que á las obras de zanjeo se enviaban habitantes de la Penitenciaria, empezó á hacer todo género de empeños para que se le enviase en la próxima remesa de presos, empeños que le dieron resultados negativos: era un pájaro demasiado famoso para que le abrieran la jaula nada menos que en medio de la Pampa!

—Yo necesito aire, decía Larrea como último recurso. aquí muero y desfallezco—mis pulmones necesitan el ambiente puro y poderoso de la Pampa, y siento la imperiosa necesidad del trabajo material:—la quietud de esta vida me me enferma y siento que me enferma mortalmente—el trabajo material es lo único que puede volverme mi salud, que se ha quebrantado enormemente en los últimos meses de mi vida.

Todos estos ruegos fueron desoidos por completo: se tenía la certeza de que Larrea huiria una vez en la Pampa, certeza que se adivinaba en la febril avidez con que manifestaba su deseo: y hubiera sido una imprudencia punible el haber contribuido tan tontamente engañado, á esta última evasion del célebre criminal.

Larrea tuvo pues que renunciar dolorosamente á su nuevo plan de evasion, y renunció por largo tiempo á sus alegres narraciones.

Estaba triste y abismado en sus propios recuerdos—no hacía mas que leer su libro favorito *El Conde de Montecristo*, y dirigir de cuando en cuando alguna pregunta trivial á la persona que le alcanzaba el alimento.

Su ánimo empezó á decaer gradualmente, tomó un aspecto enfermizo, y su mirada empezó á contraer esa vaguedad que caracteriza al demente.

Su estado de salud empezó á ocasionar sérios temores y fué llamado para asistírlo el Dr. Santillan, médico de la Penitenciaria.

Así permaneció mas de un mes, equivando todo género de conversaciones, ocupándose solamente en su lectura favorita.

Una mañana, Larrea mandó llamar con gran apuro á D. Francisco Wright, intendente de aquel establecimiento, y adoptando un tono sumamente protector, le dijo golpeándole el hombro con cariño:

—He resuelto hacer á usted millonario, ni mas ni menos que lo que el Abate Faria hizo con Edmundo Dantés, su protejido. Voy á hacerlo dueño de una fortuna fabulosa que va á dar envidia á los Anchorena, á quienes no he podido robar, no por falta de voluntad, se entiende. Venga papel y pluma, quiero ver la cara de usted iluminada por una alegría descomunal.

Wright se sorprendió del aspecto de Larrea y de la vaguedad de su mirada dilatada y roja. Fué á buscar la pluma y papel que le pedía el bandido, avisando lo que sucedía, pues creía que Larrea estaba demente, lo que él se esplicaba por el trabajo que aquel hombre daba á su inteligencia para encontrar la manera de evadírse.

Volvió á la celda de Larrea con los útiles pedidos que aquel tomó precipitadamente diciéndole:—Vá usted ahora á asombrarse de la manera mas profunda ante la estupenda generosidad de un hombre como yo, falto de todo egoismo.

Larrea se sentó delante de su mesita y escribió con precipitacion febril, y siempre con su hermosa letra española este billete que alargó al señor Wright, agregando: Lea usted y admíreme un poco—soy ó no superior al resto de los séres humanos?

El papel que habia llenado Larrea y que alargó á Wright dice lo siguiente:

« A Victoria, reina de los ingleses—Pagarás á la vista y al portador, sin permitirte hacer la menor observacion, la cantidad de tres mil millones de libras esterlinas, que yo le regalo porque sí.

Tu soberano y señor—

Antonio Larrea. »

Wright contuvo una carcajada próxima á estallar, creyendo que Larrea estaria bajo los efectos de un ataque de enagenacion mental—así es que dobló el papel preguntándole de la manera mas séria que fué posible:

—Y pagará la reina Victoria esta enorme suma, sin hacerme esperar?

—Ya lo creo que pagará, replicó convencido Larrea.—La reina Victoria es débil como todas las mujeres—yo le salí al camino desplegando todos los atractivos de que soy capaz y la soberana inglesa fué mi esclava: ya he girado contra ella muchas sumas que se ha apresurado á pagar temiendo que divulgue su secreto, y así mismo pagará este mi último giro, para que no divulgue yo la debilidad que tuvo conmigo.

En el mismo caso están Isabel y otras soberanas de la Europa, contra las que giro con frecuencia, así es que estoy en la situacion de hacer felices á una media docena de pobretes como usted.

Wright estaba absorto, sin saber si aquel era realmente un ataque de locura ó una escena fingida, pero era tal la espresion estúpida de la mirada del bandido, que no dejaba lugar á la menor duda.

El llamaba á todos los empleados de la Penitenciaria, con quienes tenia el hábito de hablar y les daba giros por inmensas cantidades, contra diversos soberanos de la Europa, quienes pagarian, decia, por que le debian su reino, unos, ó por que le tenian miedo los otros, á causa de escenas feroces que le habian visto hacer; y todos, por que conocian su fabulosa fortuna.

—Este, comparado conmigo, decia golpeando sobre el tomo del «Conde de Monte-Cristo,» —este es un desgraciado que al lado mio no era mas que un miserable mendigo—yo poseo riquezas inmensas que me permiten contar el oro, no por cantidades, como él, sinó por toneladas.

El mes que viene debe llegarme un gran cargamento de onzas, en dos buques de mi propiedad—este oro lo habia pedido yo para hacer bajar en la Bolsa los patacones hasta el valor de cuatro reales, pero ahora he cambiado de parecer y he resuelto regalárselo al Sr. O'Gorman, estimable persona á quien quiero hacer feliz:—díganme ustedes, Monte-Cristo podia permitirse acciones como èsta? Nò seguramente, porque se hubiera quedado en la última miseria.

Cuando la guerra Franco-Prusiana, añadia Larrea, yo presté á Guillermo,

que me tenia miedo, todo el oro que necesitó para pagar sus grandes ejércitos, y una vez que la Francia fué vencida, presté á su Gobierno la indemnizacion de guerra que le impuso la Alemania triunfante—y saben ustedes cómo me pagaron ambos países? Pues me pagaron dándome sencillamente las gracias, porque yo les regalé á los asombrados pueblos aquellas sumas fabulosas.

Al hacer estos relatos, los ojos de Larrea se dilataban y tomaban una vaguedad dolorosa—su fisonomía idiotizada, hacia creer estaba bajo un ataque de enagenacion mental, y pasando su mano sobre el ejemplar del Monte-Cristo, lo trataba de miserable pobrete, soltando una carcajada seca y estridente, que movia á compasion á aquellos que presenciaban tales escenas.

No se podia finjir una locura, con perfeccion tan asombrosa—Larrea estaba loco, ó era un artista dramático que hubiera tocado el corazon de las multitudes con un talento y un tacto inimitables.

Fué llamado el Dr. Santillan, quien lo reconoció con suma atencion, declarando que realmente aquel hombre estraordinario estaba bajo aquella locura conocida por el delirio de las grandezas, que es una de las mas raras que conoce la ciencia.

La locura de Larrea fué conocida fuera del establecimiento, y acudieron à observarla muchos hombres de ciencia é inteligentes curiosos.

Solia tener, sin embargo, algunos minutos lucidos. Entonces hablaba de su mujer, la castellana; hablaba de ella con un profundo cariño y aseguraba que era la mujer de sentimientos mas nobles que creia existiera sobre la tierra, recordándola con una ternura suprema.

Cuando estaba en estos momentos, Larrea contaba sus amores con aquella mujer, sus peladas de paba en la reja de su ventana, sus amorosas serenatas que solian concluir en un manteo dado ó recibido por él, y las grandes iras de los otros amigos que la perseguian, y á quienes él espantaba muchas veces á guitarrazos, y siempre con grandes risas de su preciosísima novia.

Entonces se veia que la cabeza de Larrea habia empezado á flaquear desde la venida de su mujer á América, haciéndole cometer las únicas imprudencias que acusaron su falta de tino, hasta el punto de entregarse á la autoridad, y decir por último que lo mandasen á zanjear en la frontera, no ya para restablecer su salud, sinó para evadirse é ir á juntarse con su mujer.

Larrea recibió una carta, que concluyó por hacerle perder el átomo de buen juicio que pudiera quedarle, y hacerlo entregarse por completo á la ola fatal de su destino, que era, bien lo sabia, el presidio perpétuo.

Aquella carta era de su mujer, de su hermosa mujer, que le daba noticias de lo que habia pasado despues de llegar ella á Europa, y cuyo estracto es como sigue:

« Al dia siguiente de ser pasado tú á la Penitenciaria, me embarqué con el fiel Balloch, y me vine, como me lo mandastes, á casa de tu buen padre, que sin duda alguna esperaba nuestra visita.

« Mi viaje fué tranquilo—no lo sentí casi, pues tenia mi imaginacion completamente preocupada por tu recuerdo; tú te escaparias de presidió como otras veces, aguzando tu inteligencia con la idea de volverme á ver, y esto me hacia pasar insensiblemente las largas horas de este viaje, viaje que otras veces me parecia ser el viaje á mi sepulcro.

« Cuando llegué á Valladolid, me vine sin perder tiempo á casa de tu padre: pobre viejo! con qué inmenso placer me recibió y con qué suprema avidez me preguntó por tí!—cuando yo entré derecho á su cuarto, estaba sentado delante de su órgano, arreglando un registro. Cuando me vió me abrió los brazos y me estrechó en ellos con una especie de frenesí imposible de pintar.—Yo me recosté en su pecho tembloroso, y el buen viejo empezó á preguntarme por tí. y á obligarme le dijese por qué causa no me habias acompañado.

« Yo me eché á llorar; no tuve fuerzas para ocultar nada, y allí, siempre recostada sobre aquel noble pecho, relaté todo, todo lo que me habia sucedido en América, lo que tú habias llevado á cabo y la causa de tu prision, concluyendo por decirle que tú te escaparias y que vendrias á reunirte con nosotros, pues así me lo habias jurado invocando su memoria.

« El buen viejo me escuchó sin pronunciar una palabra: dejó caer sobre la

mia su cabeza, cediendo sin duda á la fuerza del dolor, y así permanecimos mas de dos minutos.

« Yo comprendí que el viejo necesitaba consuelo, que era preciso darle seguridades sobre tu vuelta, y dominándome y haciendo desaparecer mis lágrimas, me desprendí de sus brazos para hacerme oir mejor ; pero cuando retiré la mia, la cabeza del buen viejo cayó pesada como un plomo sobre mi hombro derecho. Se la levanté cariñosamente con la mano, prodigandole las mas tiernas espresiones, alcé mis ojos buscando los suyos y entonces ví una cosa horrible que me heló de espanto.

« Sus ojos estaban abiertos é inmóviles, en su boca se dibujaba una amarga sonrisa y estaba lívido como un cadáver. Dí un grito horrible y acudió Balloch sacándome de allí á gran prisa—el noble viejo habia muerto, habia ido muriendo à medida que yo avanzaba en mi relato y tal vez con mi última palabra habia exhalado su último suspiro.

« Tu madre, que no estaba en casa á mi llegada, regresó mas tarde, recibiendo de golpe, por boca de la estúpida servidumbre, la noticia de mi llegada y de su viudéz—aquella santa mujer no tuvo fuerzas para sufrir el golpe: empezó por sonreir y concluyó por soltar una carcajada—pero una de aquellas carcajadas indescriptibles, que se lanzan sin estar de acorde con el resto de las facciones inmóviles, con la mirada vaga y con un temblor convulsivo en todos los miembros:—la infeliz habia enloquecido.

« Yo he sufrido de una manera indecible—sobre la tierra no tengo ahora nada mas que tú—si dentro de seis meses no has vuelto, será señal de que todo se ha perdido y entonces he resuelto darme la muerte, porque no habrá ya esperanzas para mí. »

Cuando Larrea llegó á esta parte de la carta, retiró de su vista la mano con que la sostenia, y de la que cayó la carta, alzó sus azulados ojos al techo de la celda y permaneció así largo tiempo, entregado á su pensamiento.

De sus ojos caian silenciosas las lágrimas que corrian por sus pómulos, y en aquel momento era realmente sublime la espresion de dolor que manifestaba el semblante de aquel hombre estraordinario.

Cinco minutos permaneció así anonadado, bajo la honda impresion producida por aquella carta en su imaginacion demente.

Por fin, Larrea quitó la vista del techo, la fijó en la carta caida en el suelo, la levantó, prorrumpió en un sollozo desgarrador y miró con espanto á las personas que habian quedado allí, asombradas del efecto que producia la lectura en el espíritu de Larrea ; - conocian la carta por haberla leido antes de entregársela, segun los reglamentos de la Penitenciaria, y admiraban la sensibilidad de aquel hombre que se conmovia ante la lectura de una carta tierna y que habia permanecido impasible y duro ante las víctimas de sus robos sin que hubiera podido moverlo á piedad la misma muerte que la desesperacion y el dolor produjeron en el desgraciado Sr. Dupuy, cuya muerte le fué comunicada en los primeros dias de su prision.

El bandido aquel era una rara mezcla de perversion moral y de sentimientos delicados, que solo la castellana hacia vibrar al tono de su amor verdaderamente inmenso.

Larrea paseó una mirada atónita por el semblante de todas aquellas personas que lo rodeaban y presa de una agitacion súbita y estraña, les dijo apresuradamente y creciendo en vehemencia :—Vayan vds. inmediatamente á casa y digan á mi mujer que no se mate, que yo he de evadirme de aquí aunque tenga que gastar mi inmensa fortuna—que ya tengo comprado al gobernador de la Penitenciaria, á los jueces y al mismo Gobernador de la Provincia á quien he deslumbrado con mi oro—y como veia que nadie se moviera á obedecerlo, añadió creciendo en ira:

—Apresúrense ustedes, porque si no llegan á tiempo, si mi mujer se muere, abro en canal á todo el mundo.

Era tal la amenaza que habia en toda la actitud de Larrea, que los curiosos salieron, dejándolo entregado á su dolor.

Larrea quedó solo, entregado por completo á su locura: habia momentos en que deliraba á gritos sobre inmensos cargamentos de oro que debia recibir, y

que destinaba á pagar su libertad al gobierno de Buenos Aires, estando el resto del tiempo dominado por visiones terribles en que se le aparecian esqueletos y fantasmas que pretendia apartar con movimientos febriles.

Entonces la locura de Larrea tomaba un carácter sombrío que espantaba—decia que aquellos espectros pretendian arrastrarlo para precipitarlo á un abismo donde lo esperaban sus víctimas, Larrea lanzaba grítos destemplados, y llamaba en su auxilio á todos los empleados de la Penitenciaria.

De pronto se tranquilizaba por completo, y volvia á soñar con sus tesoros y las grandes cantidades de oro que debia recibir.

Así permaneció Larrea tres ó cuatro dias, negándose á tomar todo género de alimentos, y presa de una fiebre devoradora.

El Dr. Santillan lo asistia con un esmero digno del mayor elogio, pero su salud empezaba á inspirar sérios temores, pues si continuaba así, un reblandecimiento cerebral seria inminente.

A los dos dias empezó á alimentarse ligeramente, pero sin que su salud se

mejorara—estaba flaco y demacrado por el sufrimiento y la falta de alimentacion.

Larrea empezó á gravarse lentamente, una absorcion purulenta se empezó á diseñar en él y la enfermedad tomó entonces un carácter mortal.

Cuando entraron á su celda, la mañana del 28 de Julio, encontraron á Larrea muerto en su cama—Su actitud revela que la muerte ha sido como una vela que se apaga, sin acusar un sufrimiento agudo ni una alteracion violenta.

Avisado el Dr. Santillan, practicó la autopsia en el cadáver, autopsia que dió por resultado la clasificacion siguiente:

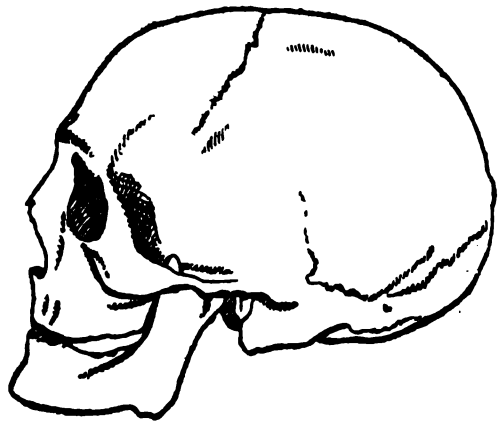
« Muerte de inanicion »

El cráneo de Larrea

El cráneo de Larrea es una preciosa pieza anatómica preparada por el Doctor Santillan, de una bella configuracion y una blancura mate que indican el esmero y paciencia de que se ha hecho gasto para reducirla á este estado que de un objeto de horror se transforma en un objeto de adorno y de estudio.

Con esta bella pieza anatómica por delante, pasamos á hacer un breve estudio, siendo los siguientes los rasgos generales del cráneo que observamos.

La masa encefálica está *simétricamente* equilibrada, ofreciendo el cráneo la apariencia de una perfecta regularidad.



Sin embargo, á primera vista se percibe que el conjunto de órganos encerrados en la parte posterior y lateral del cráneo y que comprende lo que puede llamarse los instintos animales, presenta un desarrollo considerable, respecto á la parte frontal, que contiene los órganos de las facultades intelectuales.

Esta es la falta de equilibrio moral que ha empujado á Larrea hasta el crímen, como se concibe fácilmente.

El amor físico, colocado por Gall, Spurzheim y otros frenólogos en el cerebro, aparece grandemente desarrollado en el cráneo de Larrea. La debilidad de facultades morales que debian encaminarlas, esplica el rumbo que aquel célebre criminal dió á sus pasiones afectivas en este punto.

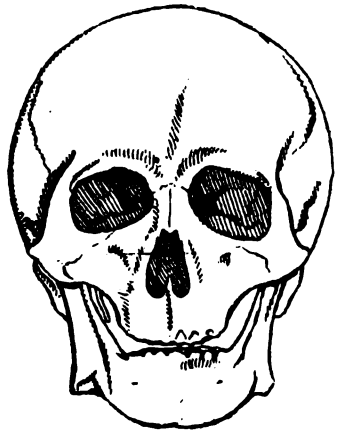
El órgano de la adquisividad, colocado sobre las orejas en la parte elevada del parietal, prominente en Larrea, ha tenido que degenerar en instinto irresistible de robo.

El órgano del valor (combatividad) colocado por Gall en la parte del cráneo que está detrás de la oreja y que es el que mas llama la atencion en el cráneo que examinamos, ha debido ponerse al servicio de los instintos sanguinarios de destruccion.

La imaginacion es la facultad que mas descuella, en la parte frontal y la protuberancia superciliar que resalta sobre el arranque de la nariz, responde á lo que se llama memoria local, ó mas bien, memoria plastica, y que no es otra cosa que la facultad de retener las imágenes que una vez se han presentado á

nuestros ojos. Esta memoria de las fisonomías y de los lugares, ha debido ser el mas poderoso auxiliar de Larrea, en su vida aventurera.

El valor y la depresion es el órgano de la veneracion (parte superior del cráneo) dán por resultado la *audacia* incomparable que ha acompañado á Larrea en los mas difíciles trances de su existencia borrascosa.



En las facultades intelectuales, la causalidad y las facultades comparativas, son dominantes y su intensidad ha dado por resultado una escepcional astucia.

La parte noble del cráneo no ofrece un gran desarrollo, como se nota en las cabezas de organizacion poderosa y de facultades generalizadoras eminentes, por ejemplo, el cráneo de Newton. No obstante, esta falta de desarrollo es solo relativa al enorme desenvolvimiento de las secciones parietales y occipitales ó sean laterales y posteriores de la cabeza.

Tomada aisladamente la seccion frontal es bien redondeada y bella, como la de esos cráneos que encierran órganos cuyo alcance es suplido por una intensidad asombrosa. Es una de esas frentes *fuyantes*, como dicen los franceses, pero redondeadas, que remedan las líneas faciales de Robespierre.

La memoria de las palabras á que responde el desarrollo de la masa cerebral colocada detrás de las órbitas visuales, aparece notablemente en el cráneo de Larrea.

El órgano de alimentividad, que se denota en los *pómulos salientes*, demuestra que no ha sido enemigo de la buena mesa.

Examinando la parte posterior de este cráneo que ofrece á la mirada, acusadas vigorosamente, todas protuberancias correlativas á una organizacion estraordinaria, se nota voluminosa y llena, la del órgano de la afectuosidad, lo que esplica el intenso amor que Larrea profesaba á la castellana y la lucha poderosa de los diversos afectos que dividieron su corazon.

No somos de los que creen que se pueda hacer de la cabeza un mapa geográfico que permita señalar irrevocablemente los rasgos característicos de la organizacion humana, considerada en sus últimas y mas altas funciones ó actividades fisiológicas.

Pero creemos sí, que no se piensa ni se siente con el estómago ó con el corazon, este músculo ingrato que no avisa como aquel al hombre lo que daña á su desenvolvimiento y existencia, y que la frenelogia espiritualista moderna, llevaba á su última fórmula por Castle, y que tiene en cuenta á la par que las protuberancias craneanas el peso y la calidad de la sustancia cerebral; es una ciencia séria, digna de meditarse y capaz de iluminar poderosamente las investigaciones humanas.